

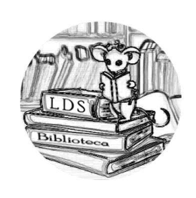
PANTROPIA

H. S. THELS

Los hombres que se habían refugiado en las alturas pertenecían al pueblo y la contienda les había sorprendido en las ciudades, en los campos o en filas, formando parte de los colosales ejércitos que jamás combatieron.

Hasta entonces las grandes naciones habían estado orgullosas de sus ejércitos, como lo atestiguaban los innumerables desfiles que se habían hecho en todas las latitudes. El soldado seguía siendo el héroe sencillo de todos los tiempos y según los estrategas mundiales «el infante sería, en último término, el encargado de ocupar el terreno enemigo, convirtiendo en palpable realidad el fenómeno bélico…».

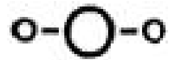
Se habían equivocado.



H. S. Thels

Pantropia

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 125



ePub r1.0
LDS 21.12.18

Título original: *Pantropia*
H. S. Thels, 1958
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




PANTROPIA

CAPÍTULO PRIMERO


obre las tierras bajas, todavía la radiactividad seguía flotando como una maligna niebla. En el curso de los años que habían transcurrido desde la terrible Tercera Guerra Mundial, la deletérea atmósfera se había ido purificando poco a poco. Y la gente que había buscado refugio en las altas montañas pudo empezar a bajar, con aquel deseo de reconstrucción que lleva siempre lo humano.

Los hombres que se habían refugiado en las alturas pertenecían al pueblo y la contienda les había sorprendido en las ciudades, en los campos o en filas, formando parte de los colosales ejércitos que jamás combatieron.

Hasta entonces las grandes naciones habían estado orgullosas de sus ejércitos, como lo atestiguaban los innumerables desfiles que se habían hecho en todas las latitudes. El soldado seguía siendo el héroe sencillo de todos los tiempos y según los estrategas mundiales «el infante sería, en último término, el encargado de ocupar el

terreno enemigo, convirtiendo en palpable realidad el fenómeno bélico…».

Se habían equivocado.

De nada sirvieron las experiencias de pequeñas guerras que se habían hecho en el curso de todo el siglo XXI y las primeras décadas del XXII. Las costumbres seguían profundamente arraigadas y los soldados continuaron desfilando ante las masas embravecidas y frenéticas.

Fue necesario que la «gran guerra» estallase, que todos los medios científicos se pusieran en marcha, que el aire se poblase de silbidos escalofriantes, como si fuese atravesado por una invisible nube de meteoros, para que el mundo se percatase de que en la guerra el hombre había pasado a segundo término: el de víctima.

Y los ejércitos se deshicieron, uniéndose a los que huían por todas partes.

Nadie se fijó entonces en los colores de los uniformes ni en la forma y distribución de las insignias que colgaban de ellos. El éxodo confundió amigos y enemigos en un chorro humano que corría desesperadamente hacia cualquier parte, con el único objetivo de escapar al horror que se había desatado sobre la Tierra.

Naturalmente que las clases directoras, los poderosos, no tuvieron necesidad de huir. Cómodamente instalados en sus refugios, a prueba de toda clase de explosiones, se encerraron bajo tierra en cuanto la feroz bestia se desató.

Por eso los hombres sencillos que descendían de las montañas y que, en realidad, eran los hijos y los nietos de los que se refugiaron en ellas, veinte años antes, ignoraban todo de lo que podía existir fuera de los picachos helados, donde la atmósfera de la Tierra había sido más pura y más clemente que la de los fondos infectados por la radiactividad.

Durante todos aquellos años de obligado exilio los hombres de las montañas se habían dedicado al pastoreo y a la agricultura, luchando, casi en condiciones de seres prehistóricos, contra una naturaleza que seguía siendo tan hostil como en los tiempos del Diluvio.

Poco a poco, jóvenes decididos habían ido bajando a los valles, alejándose, cada vez más, de los altos picachos en los que vivían sus mayores, extendiendo audazmente las excursiones por las Tierras

Bajas.

Y a su regreso, junto al fuego, rodeados de rostros en los que la expresión de curiosidad dominaba a la del miedo heredado o conocido, los jóvenes relataban todo lo que habían visto, hablando de tierras feraces y de ciudades a las que no se habían atrevido a acercarse.

Hacía mucho tiempo que los hombres de las montañas soñaban con cosechas de las que sus mayores les habían descrito las excelencias. Allá arriba, la roca privaba y las tierras eran pobres, inestables por la erosión y pobres en un agua que jamás se detenía a bañarlas, bajando torrencialmente por las vaguadas hacia los valles y ríos de los llanos.

Los hombres de las montañas eran fuertes y sanos. Viviendo de una manera elemental y en constante lucha para ganarse el sustento, habían guardado las esencias puras de la raza humana, desapareciendo poco a poco las taras nerviosas que el período de la preguerra había desarrollado en las mentes y los cuerpos, bajo la tensión angustiosa del conflicto.

De todos aquellos hermosos seres, sencillos y nobles, deseosos de dar más comida a sus hijos y a sus nietos, Karl Vasen era un jefe de clan, cuyo ejemplo corría de boca en boca.

Diez familias estaban bajo su mando y todas ellas habían gozado de la tranquilidad y de la paz que sus antepasados habían ido a buscar a las alturas de los montes.

Porque, a pesar de la lección recibida, algunos habían intentado llevar la discordia a las montañas, como si la esencia de lo malo no pudiese ser jamás arrancada de la mente de las gentes. Karl había sabido, con una energía inquebrantable, frenar los impulsos ambiciosos y homicidas de los pocos locos que deseaban imponer su voluntad.

Y así llegó el momento en que el jefe de clan reunió a los suyos.

Alrededor de los grandes fuegos, que ardían siempre, alejando a las alimañas y dando calor a los cuerpos durante las largas y gélidas noches, Vasen reunió a los suyos.

Los hombres formaban el primer círculo. Y detrás, con sus hijos en los brazos o sentados junto a ellas, las mujeres adormecían los bebés, despiojaban a los que estaban a su lado y escuchaban, cuando podían, las severas palabras de los hombres.

Todos iban vestidos con pieles de animales, ya que no habían logrado cultivar ninguna planta que les proporcionase fibras para una rudimentaria industria textil.

Pero, a pesar de eso, los vestidos de las mujeres, más que los de los hombres, llevaban el sello de una civilización que separaba a aquellos seres de los primitivos pobladores del Globo.

Pocos medios habían tenido aquellas mujeres para vestirse, pero no faltaba una cierta gracia en sus prendas y los detalles ornamentales llevaban a la mente de los más viejos los recuerdos de tiempos pasados, antes del gran conflicto.

Karl había pasado de los sesenta, pero su fuerte cuerpo conservaba la línea juvenil que le había proporcionado la vida sana. Tenía una amplia frente, una nariz aguileña, un mentón voluntarioso y unos ojos intensamente azules, que brillaban siempre con una luz interior llena de vida.

—Ha llegado el momento de abandonar las montañas —dijo.

Todos le escuchaban atentamente.

—Durante muchos años —siguió diciendo— hemos luchado con las condiciones adversas de las alturas, pero no podíamos hacer otra cosa, ya que las tierras bajas seguían infectadas… Hemos pasado hambre y frío y nos hemos visto obligados, más de una vez, a abandonar nuestros hogares, destruidos por las inclemencias del tiempo.

»Pero desde hace poco hemos sabido que las tierras bajas vuelven a ser como siempre, como nosotros mismos las recordamos… allá el trabajo es sencillo, las cosechas abundantes… Es fácil construir habitaciones y el agua, en contra de lo que ocurre aquí, se desliza mansa y obedientemente por las acequias y los canales de irrigación.

»El ganado es más dócil y las fieras no pueden nada contra los cercados que pueden levantarse para defenderlos.

»Además —y su voz tomó un tono claramente emotivo—, aquélla es la tierra de nuestros antepasados; una tierra que los hombres destrozaron sin ningún provecho…

Hubo una pausa, como si los ancianos se complaciesen en recordar y los jóvenes intentasen explicarse aquel mundo, del que tanto bien y mal habían oído.

Fue entonces cuando George, uno de los jefes de familia, dijo:

—¿Crees que las tierras bajas nos serán propicias?

—¿Por qué no?

—Me refiero a las ciudades que los otros hombres han vuelto a construir.

Karl frunció el entrecejo.

—Sabemos muy poco de esas ciudades…

—Y sobre todo —intervino *Funk*, otro de los jefes de familia—, sabemos muy poco de sus habitantes. ¿Serán como nosotros?

Karl sonrió.

—¿Por qué no? Los monstruos que produjo la radiactividad desaparecieron hace tiempo… Ya sabes que fueron destruidos. Por otra parte, los jóvenes que han bajado a la llanura han visto a los habitantes de las ciudades y han dicho que eran como nosotros.

—Ya lo sé; pero es presumible que nos consideren como seres inferiores…

Uno de los jóvenes, Fred, hijo de George Chantal, frunció el entrecejo.

—¿Inferiores? ¿Qué queréis decir?

Karl le miró, dejando de sonreír.

—Antes del Gran Conflicto, Fred, había razas que deben existir todavía. Hombres cuya piel era de distinto color al nuestro… Algunas de ellas estaban muy poco civilizadas y vivían primitivamente… como nosotros. Las considerábamos inferiores.

—Comprendo.

—El problema —volvió a decir el jefe— no estriba más que en el concepto que esas gentes de las ciudades se hagan de nosotros. Los jóvenes habéis dicho que las tierras estaban incultas y que no habéis visto a nadie que las trabajase. ¿Qué puede importarles, si no las aprovechan, que nosotros lo hagamos?

—Eso es lo que yo digo.

—Por otra parte, el que no cultiven las tierras nos demuestra que su número ha de ser necesariamente pequeño o que su alimentación ha cambiado. Sea lo que sea, esas tierras pueden darnos el poder y la riqueza que deseamos para nuestra prole.

Un silencio se estableció en la reunión, que André *Funk* rompió. Instantes después.

—Hubo épocas en que los hombres tomaron el camino de la agricultura, mientras otros se hacían pastores. Sería lamentable que

la historia se repitiese.

—¿Por qué? —inquirió uno de los jóvenes.

—Porque les pastores eran necesariamente nómadas y no fue una sola vez la que invadieron los campos de labor con sus animales… Los labriegos se vieron obligados a defender sus cosechas… y la guerra nació.

—Pero ahora no puede ocurrir igual —dijo Karl Vasen—. Por el momento, bajaremos al llano e intentaremos ponernos en relación con los hombres de las ciudades. No quiero que crean que vamos a invadir sus propiedades… Una vez de acuerdo con ellos, podremos empezar una existencia como la que siempre hemos soñado.

—¿No sería mejor visitarlos antes?

—¿Qué quieres decir, George?

—Que podíamos ir un grupo representativo a la ciudad. Así, en caso de no ponernos de acuerdo, no movilizaríamos todas nuestras gentes.

—No está mal tu idea, amigo mío. Y creo que la seguiremos; pero, de todos modos, la montaña no puede darnos ya más de lo que nos dio… Nuestros pequeños pasarán hambre y frío este próximo invierno… Las cosechas son cada vez más malas y escasas; el ganado es insuficiente para todas las bocas…

»Haremos lo que has dicho y que me parece juicioso. Iremos a ver a los hombres de la ciudad. Después, digan lo que digan, bajaremos a las tierras llanas.

—Yo quisiera ir con vosotros —dijo André.

—Vendrás. El grupo lo formaremos nosotros tres, y Fred, con un grupo de jóvenes, nos dará escolta… Pocas armas tenemos, recuerdo todavía de remotos tiempos; pero nos servirán en caso de peligro.

—¿Crees que esos hombres son tan hostiles?

—Puede haber fieras en el camino. Y, aunque no las hubiera, las armas dan confianza y fuerza a la voz de quien las lleva… Jamás un hombre pudo ser esclavo y poseer un arma al mismo tiempo.

Dejaron que la noche pasase.

Las mujeres viejas mantenían el fuego, echando leña sobre las chisporroteantes hogueras.

Con los ojos entornados, Karl pensaba en todo lo que podía descubrirle el día que se acercaba. Había llegado el gran momento y

él, sin poderlo evitar, como todos los que habían conocido la época anterior a la guerra, sentía una mezcla de curiosidad y emoción ante la perspectiva de volver a pisar las calles de una ciudad.

* * *

Homero se estiró glotonamente, volviendo el rostro hacia el muro, por donde un ventilador invisible le enviaba, al mismo tiempo, una brisa fresca y un aroma escogido. La música se filtraba por pasos ocultos y la luz tamizada se introducía desde ocultas fuentes lumínicas.

Cuando la puerta se abrió, impulsada por la presencia del visitante, Homero apenas se movió, ya que estaba seguro de que no podía ser otro que Charles el que se atreviese a entrar a tan temprana hora.

Su visitante se sentó frente a él, aspirando con deleite el perfume de la estancia; después, vencido por el ambiente, terminó por echarse, como Homero, en la hamaca mullida que ocupó al entrar.

Pasó un rato antes de que Homero dijese algo. Y, al hacerlo, automáticamente la dulce música que flotaba en la estancia cesó de sonar.

—¿Algo nuevo?

—La revuelta sigue.

—¿Dónde?

—Por todos sitios. Ocho ciudades están sitiadas; pero los mercenarios se quejan de lo mismo… El hambre se ha apoderado de todos.

—¿Qué puedo hacer? Les he dado carne mientras ha habido un solo animal doméstico… Nuestros sabios han obtenido alimentos sintéticos y he sido generoso en su distribución. He repartido «bioelementos» para evitar enfermedades carenciales y degeneraciones…

—Pero quieren comer, Homero… «Comer». Algo que significa masticar, saborear lo que se introduce en la boca, deglutir con placer… Las pastillas de «energinas» y los frascos de «bioelementos» satisfacen sus necesidades orgánicas; pero no completan lo que ellos llaman digestión de comida normal.

—¿Los has visto?

—Sí. Están demacrados, flacos. Muchos de ellos tienen los miembros repletos de sucias manchas grises.

—¿Qué ha dicho Sbinov?

—Ha reconocido a unos cuantos. Dice que es inexplicable y asegura que las raciones que salen de sus laboratorios son completas, desde todos los puntos de vista…

—Pero él no las toma —rió Homero.

Y el otro dejó también oír una risita breve y cortante.

—Hay que hacer algo, Homero.

—Sí.

Un nuevo silencio tomó carta de naturaleza. Y se prolongó mucho más que el anterior.

—¿Ha vuelto Kasus?

—No; pero no tardará mucho.

—De él dependen muchas cosas…

—¿Tú crees?

—Sí. Nuestras reservas de uranio se terminan rápidamente. ¿Qué ocurrirá después? Tendremos que vivir como antes del Gran Conflicto. ¿Cómo nos pasaremos de todas estas comodidades que hemos logrado?

Charles movió la cabeza.

—No me refería a eso, Homero… Lo del uranio es necesario, ya que se gastó todo durante la guerra; pero lo importante es lo de la rebelión de las ciudades. Tú podrás renovar la existencia de uranio, ya que es probable que Kasus, en sus viajes por el espacio, haya descubierto algunos yacimientos importantes; pero ¿de qué te servirá el tener los depósitos llenos?

—¿Qué intentas decir?

—Que la gente hambrienta de las ciudades se lanzará fuera de los recintos, lo invadirá todo y destruirá esta villa tuya, matándonos a todos.

Los ojos de Homero lanzaron una colérica mirada.

—¡Debimos destruirlos al principio! ¡Qué poco nos hubiera costado! Estaban en sus refugios, mucho más famélicos que ahora. Tenían miedo a salir, creyendo que el ambiente seguía cargado de radiactividad. Si hubiésemos tapado las salidas de sus refugios o inyectado gases mortales en el interior, no tendríamos ahora estos problemas.

—Pero tú deseabas convertirte en el dueño de la nueva humanidad…

—Fue idea de mi padre.

—Ya lo sé; pero esa idea llenó tu juventud y al final, cuando tu padre murió, la idea parecía haber sido hija exclusiva de tu mente. Recuerdo lo contento que estabas cuando las ciudades surgían de la nada, una tras otra. Viajabas entonces y eras aclamado de una manera delirante por las multitudes, que te llamaban su salvador.

—Han cambiado mucho las cosas desde entonces.

—Porque ignorábamos que la radiactividad había dejado la tierra improductiva. Sbinov hizo cuanto pudo, cambiando la genética de los animales domésticos y haciendo que se multiplicasen de una manera loca… Gracias a él pudimos dar de comer a tanta gente.

—Pero los cambios realizados en los animales acabaron con la raza. Si no nos hubiésemos reservado algunos, haría mucho tiempo que estaríamos tan flacos y depauperados como los habitantes de las ciudades.

Hubo una pausa.

—Sí —dijo Homero con los ojos entornados—. Yo aspiraba a dominar un nuevo mundo, a ser el jefe indiscutible de esta humanidad que surgiría de las ruinas de la otra…

Una enorme pantalla, que ocupaba toda una pared entera, se encendió en aquel momento. Y el rostro de un hombre joven se recortó sobre un fondo de complicados aparatos.

Los dos se incorporaron bruscamente.

—¡Kasus, el astronauta! —exclamó Homero, lleno de gozo.

CAPÍTULO II


i, soy yo, Kasus. He conectado la televisión en cuanto me ha sido posible porque quería daros grandes noticias.

—¿Uranio?

—Mucho; pero no es eso solo…

—¿Hay algo más?

—Sí. Estuve en Marte, en Venus…

—¿Y qué?

—Nada. Mundos inhóspitos —sonrió—. ¡Pero Júpiter!

—¿Júpiter? —se extrañó Charles.

—Sí, amigos míos. Fue para mí una sorpresa tan grande como la que ahora leo en vuestros ojos. Había encontrado en Marte el uranio y podía volver; pero, movido por una rara intuición, llegué hasta Júpiter… y allí encontré lo que menos esperaba.

—¿Una civilización?

—¿Para qué nos hubiese servido? Encontré una vegetación y una

fauna, de la que traigo algunas muestras… Plantas comestibles, de gran poder nutritivo y animales cuya carne ha de ser muy alimenticia y deliciosa.

Charles sonrió.

—Eso es lo más agradable que he oído en los últimos tiempos… Justamente, mi querido Kasus, vienes a resolver el problema más arduo que hayamos tenido jamás.

—¿Cómo? ¿Qué ha ocurrido?

—Las ciudades están a punto de rebelarse.

—¿Por qué?

—Se niegan a tomar los alimentos de Sbinov…, que, por otra parte, no deben ser tan completos como él dice.

—Ahora ya no habrá problemas —sonrió el astronauta.

—¿Te encuentras muy lejos?

—Acabo de dejar Marte atrás… Una semana de viaje.

—Tendremos que anunciar tu llegada… ¿Y las otras astronaves?

—Vienen conmigo. Traen las cámaras frigoríficas llenas de carne; pero no habrá más que para un par de semanas.

—Movilizaremos toda la flota.

—Eso es lo mejor.

Kasus saludó y la pantalla tornó a perder su luminosidad, convirtiéndose nuevamente en una simple pared.

—Hemos tenido suerte —dijo Homero sonriendo—. Ya ves —agregó— que mi imperio es todavía posible.

—Yo también me alegro, Homero… Pero tendrás que utilizar el suministro de una manera rápida y eficiente. Con la flota de astronaves, dividida en dos equipos, podrás realizar un servicio constante a Júpiter y poder calmar a las gentes de las ciudades.

—Eso pienso hacer. Tampoco ha vuelto Elmer, ¿verdad?

—No.

—Tengo ganas de verle… ¿Quieres recordarme los últimos informes que envió?

—Sí. Dijo que en Europa, Asia y África los supervivientes del Gran Conflicto han empezado a levantar ciudades. La nueva civilización que se está desarrollando allá es muy interesante, ya que se imita, en un sentido moderno, a la «polis griega»: el estudio, el deporte, el culto a la belleza y el desarrollo de la filosofía y del arte…

»Elmer dijo que se trataba de un deseo de vivir en paz, de construir algo estable en donde el materialismo y las ideas bélicas del hombre sean borradas para siempre… Las nuevas “polis” del Viejo Continente responden a ese orden de cosas.

—¿Tienen ejército?

—No. Un sencillo cuerpo de orden cívico, en el que sirven por orden todos los ciudadanos adultos, les basta para evitar alteraciones en la existencia normal que llevan.

—¿Y cómo han logrado arreglar el problema de la alimentación? Porque creo recordar que la tierra europea quedó, poco más o menos, como la nuestra americana.

—Como los griegos, los habitantes de las «polis» han creado sus pequeñas ciudades junto al mar, que les proporciona alimento en cantidad necesaria.

—Nosotros no hemos pensado en eso…

—Ya sabes que no podíamos. Las aguas de las costas americanas quedaron más profundamente contaminadas que las del Viejo Continente. Recuerda que Sbinov hizo investigaciones en este sentido y no logró absolutamente nada.

—Sí, ya recuerdo.

Y después de un silencio, dijo:

—Será muy fácil.

—¿El qué?

—Extender nuestros dominios al otro lado del mar.

Charles miró, con cierto miedo, a su interlocutor.

—¿Es que piensas atacar a esas gentes?

—«Atacar» no es el término preciso… Los «civilizaré» cuando esté en condiciones de hacerlo.

—¿Y si se resisten?

—No podrán… utilizaré la energía atómica.

—¿Otra vez bombas sobre los pueblos y las ciudades?

—No. Bastará limitarse a bombardear los mares. Contaminando las aguas, la pesca en ellas será imposible. Y el hambre, como nosotros sabemos por experiencia, es el arma más potente que se haya inventado jamás.

Charles no dijo nada.

Su espíritu estaba dividido profundamente en un doble y antagónico orden de ideas: por una parte, su importante y

beneficioso puesto de consejero general del Imperio satisfacía plenamente su ambición y sus ideas de grandeza que, sin embargo, no llegaban, ni mucho menos, a la megalomanía patológica de Homero; por otra parte, la idea de una nueva guerra le sumía en un terror sin límites, ya que había sido, durante mucho tiempo, el encargado por Homero para destruir los monstruos que, en los primeros años da la salida de los refugios, vagaban por los campos y las ruinas de las ciudades: gentes que habían sufrido directa o indirectamente los efectos de los espantosos rayos gamma…

No podría olvidar a aquellos seres deformes, cuya anatomía parecía haber sido esculpida por un demente… Su destrucción había sido completa, convirtiéndose en un científico aniquilamiento, que había acabado definitivamente con ellos.

Una nueva guerra podía significar la reaparición de aquellas criaturas de pesadilla…, una de las cuales podía ser él mismo.

—¿En qué piensas, Charles?

—En nada.

—Eso no es posible.

—Es verdad. Estudiaba la manera de conquistar esas tierras sin necesidad de volver a utilizar el átomo.

—Será lo más probable. Una civilización elemental y bucólica, como la de esas gentes, no resistirá, sin duda, un ultimátum.

—Será mejor así.

—No olvides que has de comunicar a nuestras ciudades la buena nueva. Di que habrá una extraordinaria distribución de carne y que el suministro está definitivamente garantizado y asegurado. Pero adviértales también que no toleraré más tentativas estúpidas de rebelión. Y que a la primera amenaza, haré caer sobre ellos todo el peso de mi cólera.

—No temas, Homero. En cuanto sacien su apetito y tengan sus estómagos llenos, volverán a ser tan fieles y mansos como antes… «El hambre es una mala consejera».

* * *

Kasus, el astronauta, estaba cómodamente sentado ante la espléndida comida que cubría completamente la mesa. Frente a él, Homero tomaba su cuarto helado de chocolate.

Homero Carson era un hombre alto, pero cuya obesidad —que Charles consideraba como indecente— le hacía parecer mucho más bajo. Rostro lunar, un doble mentón, un tórax anfórico y un abdomen voluminoso, que apenas podían sostener las flacas piernas, le daban un aspecto neroniano.

Y hasta su cabeza, en la que una calvicie intensa diezmaba los pocos cabellos rosados que le quedaban, contribuían a hacer que el parecido con el indigno hijo de Agripina fuese mayor.

—¡Has sido nuestro salvador, Kasus! —exclamó Homero, después de pasar glotonamente la lengua por la picuda superficie del helado—. Los estúpidos hambrientos de mis ciudades están llenando sus estómagos con la carne que has traído en tus naves frigoríficas… y, según me han dicho, las plantas poseen un gusto especial.

—Se trata de plantas carnívoras.

—¿Ah, sí?

—Sí. La vida en Júpiter está definitivamente vertida hacia lo vegetal. De la misma manera que en la Tierra, antes del Gran Conflicto, el ciclo vital parecía destinado al servicio de los animales, puesto que las plantas almacenaban las sustancias necesarias para los herbívoros y éstos constituían la alimentación de los carnívoros, en Júpiter, el ciclo está invertido y son los animales los que constituyen la «materia alimenticia» para los vegetales, todos ellos carnívoros.

—¿Y de qué se alimentan los animales? —inquirió Charles.

—Es verdad que los he traído despedazados y no conoces su aspecto. Todos ellos son como pesados y lentos elefantes… y hasta tienen una trompa, que no es prensil como en los proboscidios terrícolas…

—¿Para qué les sirve, entonces?

—La hunden en el suelo del planeta, del que extraen las sustancias minerales que sintetizan. El color verde de sus pieles demuestra, por otra parte, que son capaces de sintetizar la luz del sol con un pigmento semejante a la clorofila de nuestros antiguos vegetales.

—Es curioso…

—Por eso deseaba hablar con vosotros. Si siguiésemos trayendo animales de Júpiter, terminaríamos con el tipo de vida vegetal que

allí se desarrolla. Las plantas tienen sabor de carne y es lo que más abunda, aunque creo necesario organizar su cultivo de una manera científica.

—¿Por qué?

—Porque he podido darme cuenta de que su cantidad es pequeña y que la vegetación tiende a desaparecer.

—¿A qué es debido?

—Muy fácil. Las plantas carnívoras jovianas se reproducen, como muchos vegetales terráqueos, por medio de semillas, que en otro tiempo debieron ser trasladadas por insectos gigantescos…, que han desaparecido completamente…

—¿Entonces?

—La naturaleza se defiende siempre. Y las plantas carnívoras se aprovechan de algo que está también desapareciendo.

—¿De qué?

—Del viento. Hasta hace poco, había vientos en Júpiter, que facilitaban la reproducción de la flora; pero el enfriamiento paulatino del planeta y la existencia de una temperatura igual en toda su superficie, ha hecho desaparecer, casi por completo, los vientos, puesto que presión, temperatura y humedad son sensiblemente iguales en todas partes. Ya os lo he dicho; la vida terminará en Júpiter, a no tardar mucho…

Romero frunció el entrecejo, dejando la cuchara de oro con la que comía el helado.

—¿Quiere decir eso que vamos a volver a las rebeliones por hambre? —inquirió, con un tono de cólera en la voz.

—Sólo hay una manera de tener en Júpiter el más colosal depósito de alimentos que ha existido jamás.

—¿Cuál es ese método?

—Facilitar la reproducción de las plantas carnívoras… Hacer que las semillas vayan de unas a otras…

—Querrás decir el polen, ¿verdad? —dijo Charles.

—Sí, el polen.

—¿Cómo se puede hacer eso?

—Logrando que el polen llegue a los óvulos. Es una labor que los hombres podían hacer.

—¿Te has vuelto loco? Ninguno de los habitantes de las ciudades abandonaría el Planeta. Además, son débiles… Veinte años

de encierro en los refugios han hecho de la raza humana, como dice muy bien Sbinov, un grupo de depauperados…

Charles sonrió.

—Creo que he encontrado la solución —dijo.

—¿Sí?

—Hay una comisión de hombres de montaña que espera ser recibida.

—¿Hombres de montaña?

—Sí. Teníamos la idea de su existencia, ya que mucha gente, al comienzo del Gran Conflicto, huyó a las alturas, escapando de los efectos de las bombas atómicas y termonucleares. Muchos de ellos perecieron en su empeño, pero otros vencieron las dificultades y han sobrevivido. ¡Son unos ejemplares magníficos!

—¿Podrían servir?

—Estoy seguro.

—¿Cómo no me lo habías anunciado? ¿Qué les trae aquí?

—Quieren hablar contigo.

—¡Que pasen!

—Ten cuidado y déjalos hablar primero… No parecen muy inteligentes.

—Hazlos pasar.

Momentos después, Karl, George y André penetraban en el ambiente artificial del inmenso comedor. Miraron, con infantil curiosidad, cuanto les rodeaba.

—Sentaos —les invitó.

Obedecieron ellos.

—¿De dónde venís?

—De la montaña, señor. Nos refugiamos allí cuando empezó el Gran Conflicto.

—¿Pudisteis resistir las condiciones físicas de aquellas regiones?

—Fueron muy duras al principio… pero luego logramos adaptarnos.

¿Y por qué habéis abandonado vuestro refugio?

—Porque nuestra población ha aumentado mucho y los alimentos empiezan a escasear.

—¿Y qué te hace pensar en que aquí abundan? —inquirió Charles, lanzando una mirada de inteligencia a los otros dos.

—Nuestros jóvenes, que se acercaron a vuestra ciudad, vieron

abandonados los campos. Y al percatarse de que no os molestabais en cultivarlos, supusieron que habíais resuelto la alimentación de otro modo.

Homero sonrió.

—Nadie puede sacar nada de la tierra…

—¿Por qué?

—Porque la radiactividad mató las bacterias que facilitaban la vida vegetal. Ninguna planta sería capaz de crecer en parte alguna.

Karl Vasen, que era el que llevaba la voz cantante, miró a sus dos amigos; después, con un leve encogimiento de hombros, se excusó:

—Lamentamos haberles molestado; pero… ¿cómo se alimentan ustedes? He oído hablar de que existen muchas ciudades nuevas y…

—De eso precisamente íbamos a tratar. Hemos descubierto un terreno de cultivo fantástico… Algo que solucionará el problema del abastecimiento de la población de la Tierra durante muchos siglos, hasta que tengamos la suerte de encontrar nuevas bacterias nitrogenizantes.

—¿Dónde está esa maravilla?

—En Júpiter.

—¿Eh? ¿Han logrado reanudar los viajes interplanetarios?

—Plenamente. Tenemos una flota de astronaves formidable.

Karl dudó, visiblemente, antes de decir:

—¿Y… no hay sitio para nosotros en su nueva sociedad?

—Estábamos hablando, justamente de eso, cuando ustedes llegaron… Necesitamos agricultores para Júpiter.

Vasen frunció el entrecejo.

—¿Tan lejos?

—Sí. Tenemos necesidad de gente fuerte, como ustedes, capaces de realizar una labor relativamente fácil… Podrán comer cuanto quieran, con sólo preparar las expediciones y envíos de plantas para la Tierra.

—No sé…

La mirada de Homero se endureció al exclamar secamente:

—No puedo ofrecerte otra cosa… Si te niegas, podrás regresar a las montañas y decir a tus jóvenes que no cometan la locura de bajar más. Porque pondré un cordón de vigilancia y exterminaré a todos los que se presenten. ¿Entendido?

Karl asintió, con un gesto de cabeza.

Hubo una larga pausa y después, cuando Vasen miró a los otros, como si desease conocer su manera de pensar, se volvió hacia Homero.

Le repugnaba mirarlo, ya que veía en él todos los síntomas de la degeneración a que le había llevado la holganza, la glotonería y una idea perversa de la existencia.

—Ya puedo contestaros, señor.

—¿Qué habéis decidido?

—Aceptamos.

Una sonrisa de triunfo entreabrió los gruesos labios de Homero.

CAPÍTULO III

os hombres de la montaña bajaron. En realidad, sólo el clan de Vasen lo hizo, ya que los demás, a los que Karl consultó noblemente, se negaron a seguirle, basándose su actitud en que, a la marcha del clan de Vasen, los alimentos abundarían mucho más que antes. Karl se encogió de hombros.

Estaba seguro de que las cosas, aun mejorando un poco por el momento, tornarían a ser poco propicias para la vida en la montaña, ya que el número de habitantes crecía por momentos.

Acamparon cerca de la ciudad.

Precediendo a un grupo de servidores, Charles les acogió, ordenando que se les distribuyese inmediatamente comida y bebida en abundancia; luego, dirigiéndose a Karl, dijo:

—Tú has de venir conmigo. Kasus, el jefe de los astronautas, desea hablar contigo.

—Fred Chantal, mi joven ayudante, me acompañará.

—Perfectamente.

En compañía de Fred, el hijo de su amigo George, que había sido nombrado su definitivo ayudante, ya que era uno de los más inteligentes y decididos muchachos del clan, el viejo siguió a Charles hasta el edificio donde se albergaban las Fuerzas Astronáuticas de la ciudad.

Kasus les recibió en su amplio y cómodo despacho y después de hacerles sentar, empezó:

—Estamos preparando la partida. Y les he hecho venir para decirles que deberán conocer un poco la clase de mundo en el que van a vivir…

—Un momento.

Era Fred, que recibió, con una mirada, el consentimiento de Karl para hablar en su nombre.

—¿Qué deseas? —inquirió Kasus, un tanto molesto por la inesperada interrupción.

—El clan ha estudiado vuestra proposición y ha aceptado el ir a Júpiter; pero hemos de precisar el tiempo que habremos de pasar allí.

—¿Qué quieres decir?

—No pensarás —dijo Fred, tuteando a aquel hombre y significándole con ello que se consideraba en un plano de igualdad con él—, que vamos a vivir siempre en Júpiter. Sabemos que se trata de un mundo en el que la vida es difícil; pero aceptamos el destierro, siempre que sea circunstancial y que, una vez terminado el período de estancia allí, sean otros los que vayan a relevarnos.

Y viendo que Kasus, demasiado sorprendido, no decía nada, propuso:

—Firmaremos por cinco años.

—Lo consultaré.

—Perfectamente. Otra de las cosas de las que no se habló en la reunión anterior, que tuvisteis con nuestros mayores, fue el pago de nuestro trabajo: no somos esclavos, sino hombres libres, que han de ser remunerados con algo más que el sustento de sus familias. ¿Cuál es vuestra moneda en curso actual?

—El «homero».

—¿Qué valor tiene?

—No sé lo que quieres decir…

—Muy sencillo: dame el precio de algunas cosas y podremos tener una idea del valor adquisitivo del «homero».

—Está bien. Con un «homero» se compra un kilo de «carne» de Júpiter; con cien un vehículo de dos plazas; con mil una casa o un aparato volador de lujo… ¿Bastante?

—Sí. Podemos calcular que el precio de nuestro trabajo será de cinco «homeros» al día… ¿qué te parece?

—Consultaré también eso. Un instante, por favor.

Salió de la estancia, dejando solos a sus interlocutores.

—Has estado muy bien, Fred —dijo Karl.

El joven sonrió.

—Es necesario no doblegarse a todos los caprichos de estos hombres, Karl. Por otra parte, no me gustan nada.

—A mí tampoco, hijo…

—¿Has visto las calles de su ciudad? La gente es flaca, con los ojos hundidos en las cuencas. Y lo mejor es que no hacen nada. Están sentados en los bancos, a las puertas de las casas, holgazaneando como ese Homero del que me hablaste.

—Nada bueno puede salir de todo esto, Fred. Por eso no puse límite en el tiempo de nuestra estancia en Júpiter.

—Hiciste mal. Ya se lo dije a mi padre… ¿Qué sabemos nosotros de lo que puede ocurrimos allá? Si las cosas van bien y podemos adaptarnos perfectamente a aquella nueva vida, podemos prorrogar el contrato; pero si nos va mal y el ambiente es peligroso para los nuestros, podremos regresar, aunque tengamos que soportar cinco años… Haremos, por otra parte, que nos paguen cada vez que vayan a por la carne. Así, con dinero, si regresamos a la Tierra, podremos defendernos de alguna manera.

—Tienes razón.

En aquel momento se abrió la puerta, dando paso a Kasus, que avanzó hacia ellos con una sonrisa.

—¡Todo arreglado, amigos míos! Indudablemente, la comprensión y bondad de nuestro jefe, es formidable. Ha accedido a todo.

—Me alegro.

—Una vez aclarados estos puntos, sólo me resta deciros que se os van a procurar los trajes espaciales para vivir en Júpiter. Por otro lado, se están construyendo, a toda velocidad, veinte campánulas,

hechas de un material resistente, que serán vuestras habitaciones en aquel planeta.

—No hay oxígeno, ¿verdad?

—No; pero vuestros aparatos respiratorios son capaces de descomponer el óxido de carbono que abunda en Júpiter, rompiendo su molécula y liberando el oxígeno necesario para la vida.

—Bien. ¿Y para qué esas campánulas de material resistente?

—La gravitación joviana es muchas veces más potente que la nuestra… Fuera de esas campanas moriríais aplastados.

—¿Cómo trabajaremos entonces?

—Con otras campánulas que se adaptarán a cada uno de vosotros y que irán dotadas de unas manos metálicas que, dirigidas desde dentro, os servirán para realizar toda clase de labores…

—Comprendo.

—¿Algo más?

—Sí. ¿Cada cuánto tiempo vendréis a por la carne?

—Estamos centuplicando nuestra Flota del Espacio. Así, después de los cálculos que hemos hecho, no será necesario ir a Júpiter más que una vez cada dos meses terrestres.

—De acuerdo. Deseamos ser pagados en cada viaje… ¿Hay inconveniente?

—Ninguno.

Los dos hombres se pusieron en pie.

—Creo que esto es todo —dijo Fred.

Luego, cuando ya estaban cerca de la puerta, se volvió hacia el jefe de los astronautas:

—¿Cuándo partimos para Júpiter?

—Dentro de una semana; antes es imposible. Mientras podéis habitar unos edificios que os he hecho reservar en la ciudad.

—Preferimos el campo… Nos ahogaríamos en vuestras casas, con su clima artificial y su luz débil. Estamos acostumbrados al aire de las montañas y al sol de las alturas.

—Como gustéis.

* * *

Estaba amaneciendo.

Fred salió del círculo de su familia, que ya estaba completamente preparada, pasando hacia la hoguera que marcaba el lugar donde se hallaban los *Funk*.

El viejo André gritaba sus instrucciones, rodeado de los jóvenes que ejecutaban prestamente sus órdenes.

—¡Sarah!

A la llamada de Fred, una joven se volvió, acercándose rápidamente a él.

—¡Hola!

Era alta, esbelta y los trajes que los de la ciudad le habían dado, así como a todos los expedicionarios, realzaban positivamente su natural belleza: una hermosura que no podía hallarse más que entre la gente de la montaña, que habían vivido en íntimo contacto con la naturaleza.

Durante la larguísima semana que habían pasado junto a los muros de la ciudad, los hombres de las montañas tuvieron que vigilar estrechamente a los esqueléticos habitantes de la villa, cuya malsana curiosidad les llevaba a acercarse a los campamentos, mirando con ojos brillantes a aquellas hermosas criaturas, que tanto se diferenciaban de las caquécticas mujeres que vivían con ellos.

Los dos jóvenes se cogieron de la mano, alejándose un poco. La luz del sol naciente empezaba a teñir de tonos rosa los contornos de las cosas.

—Pronto estaremos lejos —musitó él.

—Sí —la voz de la joven estaba impregnada de una positiva emoción—. ¡Quiera el Señor que la suerte nos acompañe!

—¿Tienes miedo?

—No; pero me asusta un poco este viaje. Ésa es la verdad, querido… ¿Para qué engañarte? Yo amo las montañas que nos vieron nacer y miré con un poquito de envidia a los que tuvieron la suerte de quedarse.

—¡No digas eso, Sarah! Sabes perfectamente que la vida en las montañas se está haciendo cada vez más difícil… Por otra parte, voy a decirte algo que no he dicho a nadie.

Ella le miró, un tanto asustada.

—¿Es algo malo?

—Aún no: se trata de una intuición, de algo que me anda trabajando la mente y que, por desgracia, estoy convencido de que

ocurrirá… ¡Me alegro de que salgamos de la Tierra, amor mío!

—¿Por qué?

—Porque me parece adivinar lo que ocurrirá… Esta gente de las ciudades no es buena. Salieron malsanos de los refugios, donde vivieron y nacieron como ratas. Y eso parecen, Sarah: ratas dispuestas a devorar arteramente lo que se ponga a su alcance. No están enfermos solamente del cuerpo, sino que sus espíritus están cargados de maldad, de inconfesables ambiciones y de un ansia de dominación que no puede producir nada bueno… ¿Recuerdas que nosotros soñábamos con una humanidad limpia, nueva, que olvidase sus pasados errores y que empezase una vida ejemplar?

—Sí.

—En las largas noches de invierno, alrededor de los fuegos, nuestros mayores nos hablaban de aquel mundo, cuya colectiva locura había conducido al Gran Conflicto… Ellos lo habían conocido personalmente y habían formado parte de él. Nosotros, en silencio, escuchábamos, dándonos cuenta de las horrendas injusticias que reinaban en aquel mundo desequilibrado, embustero, cruel hasta lo inconcebible…

»Los hombres eran malos, perversos, los unos para los otros. Una ley elemental, la del más fuerte y poderoso; se imponía por doquier, olvidando la hermandad de todas las criaturas del mundo. La ambición estaba ayudada por la fuerza y los débiles eran considerados como simples números, como factores que jugaban en los cálculos de los tiranos omnipotentes…

»Huyendo de la religión, que les enseñaba el verdadero camino, se habían enfangado en un derrotero egoísta, egocéntrico, despreciando las leyes morales y considerando como único Dios al dinero, porque éste les daba el poder y la felicidad materialista que buscaban…

»¿Cómo podía sobrevivir un mundo basado en principios tan funestos? Durante muchos siglos, la destrucción, aunque intensa y continuada, se vio limitada por el poder de las armas, que eran como las fronteras que podía alcanzar la maldad…

»Pero llegó el tiempo en que el hombre se hizo dueño del átomo, y la destrucción en masa, ilimitada, estuvo a su alcance. ¡Nunca había sido tan poderoso! Su necio orgullo, su falta de leyes morales, su ambición y la estupidez de su razonamiento le lanzaron a la

aventura peligrosa del Gran Conflicto…

»Y el hombre consiguió su absurdo objetivó: ¡destruirse a sí mismo! Quemó la esencia de la vida sobre la Tierra, eliminó las fuentes de riqueza, exterminó a las criaturas que el Creador había puesto a su disposición, rompió la armonía del Globo y arrasó todo lo que su inteligencia y su arte había colocado sobre el planeta.

»Ahora, después de aquel gran horror, dos razas distintas, que nada tienen que ver con la clasificación etnológica que conocemos, han hecho su aparición sobre la Tierra.

»La una, formada por los seres que huyeron a las montañas, a los desiertos, alejándose del infierno que caía sobre las ciudades, desea la paz, la concordia, la serena evolución de una humanidad arrepentida. Vivieron en contacto con la Creación, se percataron de que las leyes destruidas seguían aún, como si la misericordia divina no les hubiese retirado la última oportunidad.

»La otra raza salió de lo hondo de los refugios, de aquellos destinados a los privilegiados, que resistieron el embate de la bomba… ¿Quién buscó cobijo en ellos, Sarah? Los poderosos que habían creído sacar ventaja de aquella loca contienda…

»Debió haber una desagradable sorpresa para ellos cuando se dieron cuenta de que habían destruido todo y hecho la vida imposible en los cinco sextos de la superficie terrestre.

—¿Cómo lo supieron, Fred?

—Los aparatos detectores de los refugios les indicaron claramente que salir significaba morir; pero, para ellos, a pesar de todo, de la angustiosa situación en que se hallaban, la cosa era mucho más terrible que para los desdichados que se habían refugiado en los que por entonces, según nos han contado nuestros mayores, se llamaban «refugios colectivos» y que no poseían, ni mucho menos, la seguridad que prometían las propagandas ciegas de aquella época…

»¡Para éstos sí que fue horroroso! Y para los que no hallaron refugio y tuvieron que vagar de un lado para otro, contaminándose, hasta que las quemaduras radiactivas los convirtieron en monstruos repugnantes.

»Entre tanto, los padres de los actuales directores de esta nueva humanidad, vivían seguros en sus profundos y cómodos abrigos, al amparo de cuanto estaba borrando la vida de la superficie. ¿Puedes

imaginarte, Sarah, la clase de mentalidad que se forjó allí?

—Creo que sí.

—Naturalmente. Al contrario de lo que oíamos en las montañas, de aquellos relatos que nos hablaban de los sufrimientos, de las ilusiones, de las esperanzas y temores de seres sencillos como nuestros padres, los hijos de los poderosos debieron escuchar las hazañas, las ambiciones, las trampas de dominio, que les fueron transmitidas, con la seguridad de que sabrían utilizarlas en su egoísta provecho.

»Por eso tengo miedo, amor mío. Y, por una parte, me alegra alejarme de este mundo que, a pesar del general deseo de paz, verá turbados sus sueños por el desmedido afán de dominio de unos cuantos locos.

»Fue siempre así, Sarah… Si repasamos la Historia, si recuerdas todo lo que oímos junto al fuego, todo aquello que nuestros mayores fueron extendiendo ante nuestra consideración, y nuestro asombro ignorante, te darás cuenta de que la ambición fue el motor de todas las guerras.

—¡Pero ahora ya no hay armas, no hay ejércitos!

—Los habrá. Porque lo paradójico en esta nueva humanidad, que ha salido de las humeantes ruinas en que pereció la anterior, es que no se trata, como al comienzo del mundo, de aprender, de ir avanzando poco a poco. No, Sarah, estos hombres de hoy poseen la técnica de siglos de esfuerzos colectivos. Y ahí reside, precisamente, el peligro. Porque las armas más terribles pueden ser fabricadas en poco tiempo, mientras que la humanidad necesitó casi dos milenios para descubrir, por sí misma, la fatídica energía destructora que encerraban los átomos.

—¡Me das miedo!

Él la apretó aún más contra sí.

—No temas. Si la suerte nos acompaña, podremos hacer realidad el sueño de nuestros mayores: dar paso a una humanidad limpia, deseosa de cumplir su deber en el mundo, cualquiera que sea éste.

—Tienes razón. Júpiter será el seno de esa nueva humanidad; estoy segura.

—¡Ojalá no nos equivoquemos! Porque lo importante, lo fundamental, es salvar al hombre, sea el que fuere el precio que se nos imponga… Más aún, debemos dar a nuestros hijos y a los hijos

de nuestros hijos la paz que han merecido, después de la triste experiencia de sus mayores. No podemos permitir que la locura de unos cuantos vuelva a asolar la Tierra, ni los planetas que Dios ha puesto a nuestro alcance…

Guardaron silencio, avanzando, en el amanecer, ya desplegado. Sus siluetas, muy juntas, parecían ser la imagen de todo cuanto deseaban con toda la fuerza de sus anhelos.

Fue en aquel momento cuando André, el padre de la muchacha, se les acercó.

—Hay que prepararse, hijos míos. Ya han venido los camiones para llevarnos a las astronaves.

Y después de una pausa, tras mirarles fijamente, con una luz de orgullo en las pupilas:

—¿Estáis contentos?

—Sí —repuso él—. Estamos contentos, porque tenemos la seguridad de que este gran paso que vamos a dar nos llevará hacia donde queríamos ir.

—Ésa es la idea de todos, Fred —repuso el anciano—. Deseamos hacer algo definitivo y es posible que la ocasión nos haya sido ofrecida especialmente a nosotros.

Empezaron a andar.

—¿Has oído hablar de los hombres del Viejo Continente, Fred?

—No.

—Yo sí. He charlado con algunos de la ciudad y me han hablado de ellos. Parece ser que han escogido el buen camino y que se esfuerzan por hacer realidad el viejo deseo de los hombres de buena voluntad.

—¡Lo lograrán, padre! —exclamó la muchacha.

—Eso creo yo. Nada puede destrozar lo que se construye con el Bien… Es la mejor argamasa que el hombre manejó jamás.

CAPÍTULO IV



esde la proa de la astronave, a la que acababan de pasar con el permiso de los pilotos, Fred y Sarah pudieron ver la masa de Júpiter, al tiempo que los últimos asteroides, cuya densa capa habían atravesado hacía poco.

Júpiter brillaba como una enorme joya.

Sus doce satélites, de los que once formaban una línea que parecía brotar de la masa del planeta, brillaban indistintamente y más allá, recortándose sobre la negrura del cosmos, Saturno, partido en dos por su anillo, que no era más que una línea en aquellos momentos, ofrecía el aspecto de un sombrero plateado; o, mejor dicho, de dos sombreros cuyas alas hubiesen sido soldadas.

Pero no era Saturno lo que llamaba la atención de los jóvenes, sino Júpiter, el coloso, su nueva patria, a la que se acercaban rápidamente.

Mirando hacia ambos lados podían ver las otras astronaves, cada una de las cuales, como la que ellos habitaban, llevaba detrás

campánulas, enormes las unas, y más pequeñas las otras, en un número bastante crecido. Parecían semisatélites que siguiesen mansamente a los navíos espaciales.

El planeta iba aumentando de tamaño y muy pronto empezaron los astrocohetes a describir círculos —órbitas no precisamente circulares— alrededor del gigante.

Gracias a un dispositivo motor especial, las más grandes de las campánulas fueron lanzadas sobre la superficie del planeta, donde cayeron mansamente, gracias a paracaídas construidos exclusivamente para la atmósfera enrarecida de Júpiter.

Se procedió después al lanzamiento de las pequeñas y luego, cuando las campánulas aparecían desde arriba como una heteróclita reunión de «igloos» esquimales, descendieron las astronaves, buscando refugio en las grandes semiesferas.

—¿Por qué hacemos esto? —inquirió la muchacha. Fue uno de los pilotos quien le contestó:

—Tuvimos graves accidentes la otra vez, ya que la presión de Júpiter es enorme… Por eso dispusimos de estos hangares, en cuyo interior podemos aterrizar con toda seguridad.

Y después de un corto silencio dijo el hombre:

—Ya podemos bajar.

Karl Vasen y las familias Chantal y *Funk* habían viajado juntas en la astronave capitana, que mandaba personalmente Kasus. Éste, cuando estuvieron fuera, en el interior de la campana-hangar, se dirigió hacia ellos.

—¿Contentos de estar aquí?

—Sí.

—Me alegro. Vamos a disponer ahora, con ayuda de sus propios motores, ya que cada campana-vivienda está dotada de movimiento propio, la situación de cada centro de trabajo.

—¿Va a alejarnos los unos de los otros? —inquirió Vasen.

—No hay más remedio. Hemos de designar a cada grupo un área de trabajo distinta. Si alguna vez desean reunirse, nada más fácil: ponen en movimiento sus campanas-vivienda y lo hacen.

—Comprendo.

—Mis hombres se encargarán por esta vez de cargar las plantas necesarias para la alimentación de las ciudades de la Tierra. Dentro de dos meses tendrán que haber preparado otra cantidad igual,

además de preocuparse de garantizar la reproducción de las especies existentes en la flora de Júpiter. Todo eso les fue explicado ya…

—Sí.

—Los trajes-campánula les servirán para moverse fuera de las campanas-vivienda. Todo ha sido estudiado con detalle y nada puede ocurrirles. La vida aquí será tranquila como ustedes deseaban.

—En efecto.

Los hombres de las astronaves volvieron al atardecer, cargados sus vehículos orugas con montones de plantas carnívoras, que pasaron a los depósitos frigoríficos de los astrocohetes.

—¿Cómo las arrancan? —Inquirió Fred.

—Las destruyen, tetanizándolas con disparos de rifle; pero eso es para trabajar más rápidamente. Ya encontrarán ustedes una manera mejor de hacerlo. De todas formas, les dejo una veintena de armas por si tuviesen que defenderse de algún peligro, aunque yo he podido comprobar que Júpiter es un mundo relativamente tranquilo.

Tardaron muy poco tiempo en terminar la carga de todo lo que habían recogido. Después, ya todo dispuesto, Kasus se despidió de Vasen y los suyos.

—Ustedes cinco se quedarán aquí, en esta zona. Los demás han sido ya distribuidos por el planeta. Pueden comunicarse por radio siempre que lo deseen.

—Perfectamente.

—Ahora no me queda más que desearles mucha suerte… ¡Adiós!

Las toberas de las astronaves lanzaron chorros de fuego; después de la inmovilidad aparente de los primeros segundos, pasaron al raudo caminar por la atmósfera de Júpiter, convirtiéndose muy pronto en lejanos puntos ígneos que no tardaron en desaparecer por completo.

* * *

Se levantaron muy de mañana. Habían dispuesto los tabiques de plástico opaco de manera a formar una habitación para Sarah, única mujer que estaba con ellos, ya que las esposas de Karl —que no

había tenido descendencia— como la de *Funk*, padre de la muchacha, y la de Chantal, padre de Fred, habían muerto hacía ya muchos años.

Sarah empezó a preparar el desayuno en la minúscula cocina, mientras los hombres, alrededor de la mesa, enfocaban la labor de aquel día.

—Tendríamos que llamar a los otros —dijo Karl.

—Eso creo yo —apuntó George—. Así podríamos realizar todos un trabajo semejante y cambiar nuevamente impresiones al final de la jornada.

—Eso es lo que haremos —dijo Vasen. Y volviéndose al joven—: ¿Quieres llamar, Fred?

—Sí.

El resultado de cuantas comunicaciones se hicieron fue igualmente satisfactorio. Las otras familias estaban desayunando y se preparaban para realizar el primer día de trabajo. Todos ellos poseían esquemas, que Sbinov había dibujado, para que comprendieran la situación del polen en las plantas carnívoras y la manera más lógica de cogerlo.

«Las campanas-vestido —decían las instrucciones— van dotadas de un par de brazos articulados, cuyo manejo se hace desde el interior. Unos recipientes metálicos, situados fuera de la campana, servirán para cargar el polen y verterlo después en la corola de otras flores. La diferenciación de estas plantas monosexuales —unas poseen estambres y otras ovarios y estilos— es bastante fácil, ya que las plantas masculinas poseen flores con pétalos rojos y las femeninas pétalos amarillos».

Fred repitió incesante las instrucciones, rogando además que cerrasen cuidadosamente las mono-campánulas, prestando una atención especial al funcionamiento de los depósitos de oxígeno, que eran mecanismos que convertían el óxido de carbono en oxígeno respirable.

Las mono-campánulas eran, en realidad, una especie de vehículo, con un dispositivo oruga en la parte inferior y que cambiaba de dirección con sólo accionar un pedal, el derecho o el izquierdo, poniéndose en marcha al sentarse su ocupante en el interior.

Momentos más tarde, cuando hubieron terminado de

comunicarse con el resto de los equipos, Sarah apareció en el comedor con un humeante desayuno de café sintético que los hombres de la ciudad les habían procurado.

—¿Habéis hablado con todos?

—Sí.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque me hubiera gustado saludar a Emma…

—¿A tu prima? —inquirió Fred con una sonrisa—. Nada más fácil, pequeña.

Y logró la comunicación en pocos segundos.

Sarah se acercó al micrófono:

—Soy Sarah, Emma… ¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien… ¿Y vosotros?

—Perfectamente. Los hombres están desayunando y se preparan a salir.

—Los nuestros también.

Sarah bajó la voz.

—¿Y Charles?

También la voz al otro lado del espacio se hizo como un susurro confidencial.

—Anoche se decidió.

—¿Es posible?

—Sí. Me dijo que íbamos a casarnos al mismo tiempo que vosotros.

—¡Qué alegría me das!

—Yo también estoy muy contenta… ¡Figúrate! Es tan tímido que creía que jamás iba a decidirse.

—Charles es un excelente muchacho.

—Ya lo sé.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Cuándo os vais a casar vosotros, Sarah?

—La próxima semana. Karl ha dicho que deseaba imponer el descanso dominical. Cantaremos los salmos y después haremos la ceremonia.

—Nosotros también.

—Sí. Vasen quiere que nos reunamos cada domingo.

—¡Es maravilloso!

—Y que lo digas; todos estos días van a parecerme eternos.

Fue entonces cuando Fred, sonriente, intervino:

—¿Vais a terminar con vuestros secretillos de solteronas?

Sarah se despidió de su prima, volviéndose hacia el joven.

—Lo de solterona no me ha gustado Fred. La culpa es sólo tuya.

—Pronto se arreglará. ¿Vamos?

Y pasando la mano por los cabellos de su prometida:

—Prepáranos una comida abundante, querida; llegaremos hambrientos.

—Bien.

Pasaron los hombres al compartimento estanco donde estaban las mono-campánulas, en cuyo interior penetraron. Después, utilizando las manos mecánicas, Fred abrió la puerta, saliendo el primero a la superficie del planeta.

Era curioso ver a aquellos hombres sentados en el interior de sus vehículos transparentes, que se movían con una cierta gracia. Después de orientarse, Fred dirigió el pequeño equipo hacia un montón de plantas carnívoras, cuyo color rojo les demostró que se trataba de elementos machos, poseedores de estambres cargados de polen.

Trabajando desde una prudencial distancia, Fred hizo que sus brazos mecánicos se alargasen hasta recoger el polen. Las corolas rojas de las flores se movían inquietas.

El funcionamiento de las manos mecánicas era idéntico al logrado, a finales del siglo XX, con las manos que se utilizaban para el peligroso manejo de las sustancias radiactivas. Las propias manos de Fred realizaban los movimientos que, a distancia, eran realizados exactamente por los dedos de metal.

Los otros le imitaron.

Cuando los recipientes metálicos estuvieron rebosantes, el equipo se movió en busca de flores femeninas.

No tardaron en encontrarlas.

Así, durante toda la larga mañana joviana, polinizaron una gran cantidad de plantas carnívoras, sintiendo hacia el mediodía un cansancio en las manos que ya dificultaba los movimientos.

—Hemos de regresar —dijo Fred por la radio de su mono-campánula.

—Sí —repuso George—. Ya hemos hecho bastante. Esta tarde

seguiremos.

—¿Cuántas hemos polinizado?

—Yo doscientas diez.

—Yo ciento ochenta y cinco.

—Yo trescientas justas.

—Y yo doscientas treinta y dos.

Fred calculó rápidamente.

—Un total de novecientas veintisiete… ¡No está mal!

—¿Dará eso mucho producto? —inquirió André con un gesto de duda.

—Eso ya lo veremos —repuso Vasen.

Y después de una pausa, mientras se alejaban de allí, rumbo a la campánula-edificio, agregó:

—No hemos visto animal alguno, a pesar que nos hablaron de ellos.

—Deben de haberse asustado de nuestra presencia, pero ya aparecerán. No olvides que son fundamentales para estas plantas.

* * *

Y llegó el domingo.

Desde muy de mañana hubo una gran efervescencia en todos los campamentos, y las campánulas, sobre sus dispositivos orugas, se dirigieron al lugar donde se encontraba la del jefe del clan, que ya les esperaba, así como todos los demás, dentro de sus mono-campánulas.

Thomas Omar, el padre del prometido de Emma, fue uno de los primeros en descender del aparato, acercándose a Vasen:

—Buena fiesta tenemos hoy, ¿eh, Karl?

—Magnífica. ¿Cómo ha ido la polinización?

—Muy bien. He venido hablando con los otros y se han hecho más de once mil…

—¿Os gusta el trabajo?

—No es desagradable, aunque un poco cansado. Quizá por la falta de costumbre.

—Dolor de manos, ¿verdad?

—Sí; pero ya nos vamos habituando.

—He pensado que nos reunamos todos en una de las

campánulas-hangares. Tendremos suficiente espacio para poder celebrar la fiesta todos juntos.

—Me parece muy bien.

Cuidando de no entrar en contacto con el ambiente del planeta, hombres y mujeres, así como los pocos niños que había, fueron penetrando en la campánula elegida por Karl, donde se desposeyeron de sus trajes espaciales, empezándose a organizar la fiesta.

Se cantaron primeramente unos himnos religiosos, realizando los dos matrimonios el jefe del clan, como lo había hecho desde los primeros tiempos del éxodo.

Se había preparado para aquella fiesta un verdadero banquete y los jóvenes, después del ágape, realizaron viejas danzas que se habían conservado de antes del Gran Conflicto. El ambiente no podía ser más agradable.

Los ancianos, reunidos en un rincón, seguían las evoluciones de los danzarines, recordando épocas que habían pasado para siempre y que les parecían como el producto de una impertinente pesadilla que se hubiese cebado en ellos durante la última noche.

—Éstos tendrán más suerte que nosotros —dijo Karl.

—¿Por qué? —inquirió Harry Forrester, el padre de Emma, la muchacha que acababa de contraer matrimonio con Charles Omar.

—Porque jamás echarán de menos la Tierra. Para ellos Júpiter se irá convirtiendo en su mundo, en su patria, porque será el lugar donde nazcan sus hijos…

—Es posible.

—Será seguro. Nosotros iremos desapareciendo y seremos los que, hasta el último momento, recordaremos todo lo que vimos. Y cuando estemos a punto de desaparecer miraremos fijamente a las estrellas a través de las cúpulas transparentes, buscando afanosamente la Tierra, nuestra vieja Tierra, que, a pesar de todo, fue la que nos dio el ser y donde hubiésemos deseado reposar para siempre.

—Quizá…

Fue en aquel momento cuando Fred y Charles, los dos recién casados, se acercaron a ellos, acabando con aquellos propósitos pesimistas, pero intensamente sentidos.

—¿No vamos a tener derecho a un viaje de novios, Karl? —

inquirió el primero.

—¿Aquí? Me gustaría saber dónde vais a ir…

—Eso no importa. Hay campánulas de repuesto y pensábamos coger dos de ellas para pasar el tiempo que nos concedáis en un lugar apartado de aquí.

Vasen sonrió.

—No os pasáis de nada, amiguitos… Por mí no hay nada en contra de vuestro hermoso proyecto… ¡Id con mi bendición, hijos míos!

—Gracias.

Las dos parejas se despidieron de todos. Después cogieron una campánula-habitación cada uno y se separaron para dirigirse cada pareja en una dirección distinta.

Los ancianos habían observado la marcha en silencio; pero luego Karl, profundamente emocionado, preguntó:

—¿Os dais cuenta de lo que significa esto?

—¿A qué te refieres?

—A algo tremendamente trascendental: los primeros jovianos nacerán dentro de poco: una nueva raza, un pueblo que podrá jugar, en lo futuro, un papel esencial. Quiera el Señor que esa raza sea amante de la paz y de la concordia universales…

Ellos se dieron cuenta de todo lo que encerraban las palabras del anciano. Y se quedaron pensativos, experimentando una rara sensación que los oprimía.

—Hasta ahora —resumió George— nuestros hijos nacieron en la Tierra. Y podíamos considerarlos como nuestros; pero ahora nuestros nietos nos parecerán distintos, porque habrán nacido en este planeta extraño y nunca, por mucho que lo deseemos, serán de los nuestros.

CAPÍTULO V



or qué se despertó Fred, en medio de la noche, con el rostro cubierto de sudor y un ritmo loco en el latir acelerado de su corazón?

Se incorporó, sabiendo que Sarah estaba a su lado. Y en el intenso silencio de la noche joviana escuchó atentamente, seguro de que algo extraño le había despertado tan bruscamente.

La emoción le impidió, en los primeros momentos, escuchar algo más que los latidos que repercutían en su propio pecho; pero después, poco a poco, a medida que la acuidad de los sentidos iba aumentando y que las percepciones llegaban hasta él con mayor claridad, sintió aquel roce constante, aquella especie de arañar constante contra la pared externa de la campánula.

Saltó del lecho.

Estuvo a punto de despertar a su esposa; pero al pensarlo apareció una sonrisa de confianza en su rostro, diciéndose, al mismo tiempo, que no merecía la pena importunar a Sarah, ya que

se consideraba completamente capaz de resolver lo que fuera.

Apoderándose de una de las linternas que había sobre la mesa —ya que no deseaba encender la luz de la campánula para no despertar a la joven—, avanzó hacia la otra estancia, prefiriendo encender allí, después de cerrar, cuidadosa y silenciosamente, la puerta de la habitación de desposados.

Cuando la luz potente del foco que había en el techo cóncavo iluminó la estancia Fred no vio nada, cegado por la intensidad lumínica; después, al acostumbrar sus pupilas, se dio cuenta de que la transparencia de la cúpula había desaparecido por completo.

Frunció el entrecejo.

Normalmente debiera haber visto, ya antes de encender la luz, el cielo sereno de Júpiter a través de la pared de la cúpula, como lo había observado cientos de veces; pero ahora, por más esfuerzos que hacía, no lograba ver absolutamente nada.

¿Por qué?

No tardó mucho en decidirse a salir fuera, única manera de comprender lo que pasaba; pero al intentarlo se dio cuenta de que la puerta no se abría, a pesar de los esfuerzos que hizo para lograrlo.

Fue entonces, en aquel preciso instante, cuando tuvo conciencia de que un extraño peligro les amenazaba.

Por el momento, sin saber qué hacer, permaneció en pie, mirando la mancha rojiza que cubría las paredes de la campánula. Poco a poco, a medida que las ideas iban llegando a su mente, se percataba de la realidad del peligro, aunque aún no pudiese encontrar la explicación que le satisfaciese.

¡Las plantas!

La campana estaba completamente rodeada de plantas que, amasándose contra ella, podían aplastarla, destrozarla, reducirla a pedazos y terminar, en pocos instantes, con los que estaban dentro.

—¡¡Sarah!!

El grito surgió de sus labios sin que nada pudiese evitarlo; era la llamada desesperada de un ser que acababa de percatarse de que la vida de la persona amada se hallaba en irremediable peligro.

Ella se levantó, asustada, acudiendo a su lado, lanzándose a los brazos de Fred, que la apretó contra su pecho, como si desease protegerla de lo que podía llegar…

—¿Qué ocurre?

—Las plantas nos han rodeado…

—¡Qué horror!

—Tendremos que hacer algo, amor mío. Sería suicida quedarse aquí, esperando un final que no puede tardar en llegar… ¡Voy a intentar algo!

—¿Qué? —inquirió ella, intentando vanamente retenerle en aquel abrazo que le parecía la mejor manera de protegerlo.

—Voy a poner la campánula en marcha.

—¿Crees que lograremos escapar?

—No lo sé.

Había ido a los mandos de la semiesfera y, dando toda la potencia a los motores, puso en marcha el aparato, que empezó a patinar sobre una superficie que parecía carnosa.

—¡Nos han rodeado, incluso por debajo! —exclamó él con rabia.

Pero no cejó por aquello.

Tenía que salir de aquel horrible cepo, fuese como fuese.

Se daba cuenta, mientras impulsaba con recios movimientos las palancas del aparato, que habían dejado de calcular el crecimiento de las plantas y que, a aquellas horas, excepto en el lugar donde afortunadamente se había realizado la fiesta, todas las demás zonas debían de estar hirviendo de plantas carnívoras.

Y era perfectamente explicable aquello, ya que hacía siglos —y hasta era posible que milenios— que la flora joviana no había recibido el «impulso reproductor» que le habían proporcionado los hombres de la Tierra. Durante muchísimo tiempo, sería imposible calcularlo, las plantas se habían visto obligadas a sobrevivir duramente, cada vez más duramente, a medida que los «medios de transporte del polen» iban desapareciendo.

Al principio habían sido los grandes insectos.

Barridos, seguramente, por cambios climáticos profundos, los insectos habían sido aniquilados y, con ellos, la posibilidad de que el polen de las flores rojas llegase a las corolas de las flores femeninas…

Fuertes en su deseo de supervivencia, las plantas habían aprovechado el viento, dando a sus granos de polen una forma alada que facilitase su viaje por el aire. Pero el viento había desaparecido y el final cósmico era lo único que podían esperar

aquellos representantes de la extraña flora joviana.

Hasta la llegada de los hombres.

En una semana, siete cortos días jovianos, contados por los hombres con sus relojes terrícolas, pero que en el tiempo del planeta gigante tenían otra muy distinta significación, la polinización había llegado a límites insospechados.

Y seguramente avisados por leyes biológicas de que aquélla podía ser una ocasión excepcional —y hasta podía que se tratase de la última—, las plantas la habían aprovechado a fondo, reproduciéndose a toda velocidad y dilatando su tamaño para que la proximidad facilitase la reproducción de las futuras generaciones.

Era algo. —Fred se daba perfecta cuenta de ello— que no podía expresar maldad alguna, ya que las plantas eran incapaces de sentimientos tan complejos, y no hacían más que obedecer a unas leyes que defendían la continuidad de su existencia colectiva.

Pero, a pesar de ello, el joven se sentía como cogido en una maléfica trampa y hasta le parecía como si aquella formidable invasión significase la venganza del ritmo de las cosas de Júpiter, que al ser alteradas por la mano del hombre, deseaban mostrarle el peligro de inmiscuirse y trastornar la marcha de las leyes fijas e inamovibles.

La campánula se movía tan lentamente que Fred se desesperó, sin dejar por eso de manejar las palancas y oyendo roncar y gruñir salvajemente el motor, que giraba al máximo.

Mas después de unos instantes de rabia, Fred observó que la marcha aumentaba de intensidad. Y una sonrisa de triunfo, todavía no completo, iluminó su rostro.

—¿Lo logramos? —inquirió la muchacha, radiante, a su lado.

—Ya veremos, querida. Ignoro el grosor de la capa de carne vegetal que nos rodea… Pero seguiremos luchando.

Ella le sonrió, significándole la completa y ciega confianza que tenía en él.

La máquina respondía perfectamente a los esfuerzos que de ella se exigían; pero, a pesar de ver que estaban llegando a la superficie. —Fred acertó a ver algunas estrellas sobre sus cabezas, a través de una especie de minúsculo orificio que se había abierto sobre ellos—, se dio cuenta de que un nuevo peligro podía trastocar todas las esperanzas que habían empezado a sentir.

Sus agudos ojos descubrieron la fisura, un poco hacia la izquierda y no muy lejos de la puerta que había intentado abrir un poco antes. Era como una línea sinuosa que había aparecido hacía unos instantes, pero cuya dramática significación no se le escapaba.

¡La cúpula de la campánula iba a abrirse!

Estaba claro que la presión que estaba sufriendo era excesiva para el material —resistente, no obstante— de que había sido fabricada.

Aquel nuevo peligro le ensombreció, haciéndole parecer inútiles todos los denodados esfuerzos que había hecho hasta entonces.

—¡Ponte el traje espacial, Sarah, aprisa!

Él también lo hizo, esperando, sobre todo, que al romperse la cúpula no sintiesen en sus pulmones la infecta atmósfera de Júpiter.

Iban abriéndose paso.

Justamente en el momento en que coronaban aquella masa gelatinosa que les había envuelto por completo, la puerta cedió, así como una gran parte de la pared vecina, estallando como una bola de cristal que recibiese un fuerte golpe.

Por fortuna, los trajes-campánula resistieron perfectamente el aumento de la presión y fue con una sonrisa en los labios que Fred, una vez sobre las plantas, dio el máximo de marcha a su aparato, descendiendo velozmente por la pendiente carnosa de los vegetales en cuya cima se hallaban.

—¡Gracias a Dios!

Pero la luz que brotaba del reflector de a bordo le hizo ver, al mismo tiempo, que todo lo que les rodeaba no eran más que montículos que formaban las plantas carnívoras, que habían invadido rápidamente la totalidad del terreno donde habían acampado el día anterior.

Sin perder la sangre fría, Fred dirigió su aparato por aquel mar de dunas gelatinosas, cuidando, en lo posible, de permanecer el tiempo mínimo en las «depresiones», en las «vaguadas», ya que éstas tendían a cerrarse arteramente, respondiendo al deseo de las plantas de que no se les escapase aquella inesperada presa.

¿Cuánto tiempo duró aquella loca carrera?

Sólo supieron, mucho tiempo después, cuando su maltrecho aparato tocó terreno firme, que habían visto pasar un día y una noche enteros en aquella cabalgada espeluznante y que se hallaban

completamente agotados.

Sin embargo, a pesar de la alegría que experimentaron al verse lejos de aquella locura biológica, Fred no tardó en darse cuenta de que se encontraban en una especie de isla que, de seguir las plantas aumentando en número, no tardaría en desaparecer.

Urgía encontrar una salida.

Fred hubiese deseado lanzarse a una inmediata exploración, pero la muchacha se lo impidió:

—Hemos de comer un poco y descansar, aunque no sea más que una hora… Después veremos.

Él no pudo negarse a aquella petición, que, por otro lado, le parecía completamente lógica.

Pero en el momento que pudo desasirse de sus obligaciones «alimenticias» salió disparado, recorriendo los alrededores con el rifle en las manos, en busca de un camino hacia la libertad y la vida.

Volvió una hora después junto a su esposa. Su rostro expresaba una alegría incontenible.

—¡Vamos!

—¿Has hallado algo?

—Una especie de pasillo, un desfiladero estrecho, pero lo suficientemente amplio para que podamos pasar.

—¿Con el vehículo?

Fred sonrió.

—No, querida, no cabría.

Ella miró a la campánula, cuyas paredes aparecían rotas.

—Siempre lo consideré un poco como nuestro hogar, Fred… Perdóname, pues debo parecerte una tonta, pero…

Él la besó, tomándola en sus brazos.

—No te preocupes, querida. Tendrás un hogar, te lo prometo, lejos de este horrible planeta. No quisiera, de ninguna manera, que mis hijos conociesen estos horrores… En cuanto venga Kasus le diré que dé por terminado nuestro contrato.

—¿Y los otros, Fred?

—¿Quién?

—Los otros: nuestros padres, nuestros amigos…

—Les convenceré de que nos hemos equivocado. Dura era ya la vida en las montañas de la Tierra; pero peor es aquí… ¡Acabaríamos

siendo devorados por las plantas!

La cogió de la mano y la llevó hacia el pasadizo providencial que había descubierto y que no era, en realidad, más que un estrecho desfiladero, cuyas paredes estaban constituidas por la masa enorme de las plantas.

—Tendremos que correr, querida. Vamos a pasar demasiado cerca de ellas para que no sientan nuestra presencia… Por fortuna, sus movimientos son muchísimo más lentos que los nuestros. Y a esto deberemos la salvación.

Y así ocurrió.

Con los pelos de punta y un sudor frío en el rostro, Fred fue observando cómo se cerraba el pasadizo detrás de ellos, respondiendo a las «impresiones» que las plantas recibían de su presencia.

Se apresuraron, moviéndose lo más rápidamente posible. Ni Fred ni ella sabían hacia dónde se dirigían; pero por el momento su sola idea era la de escapar a aquel cerco gelatinoso y mortal.

Con una verdadera alegría Fred descubrió al final del pasadizo que se encontraban frente a las grandes cúpulas de las campánulas hangares y muy cerca de una «habitación», que no debía de ser otra que la del jefe del clan.

Momentos después estaban en el interior.

Karl, así como los otros, les miraban como aparecidos. Y durante un buen rato tanto los recién llegados como los otros permanecieron en silencio, contemplándose fijamente.

—¿Habéis logrado escapar? —inquirió George con lágrimas en los ojos.

Sarah se había abrazado a su padre, sollozando tiernamente en sus brazos.

—¿Qué ha ocurrido, padre? —inquirió el joven.

—Una catástrofe… ¿No oísteis nuestras llamadas?

—No.

Hubo un silencio.

—Estuvimos todo el día de ayer pegados a la radio… Las informaciones no dejaron de llegar… Todas ellas pésimas.

—¿Entonces?

—Se fueron el domingo por la noche, después de la fiesta, unas horas más tarde que vosotros… Nada hacía presagiar la catástrofe.

A primeras horas de la madrugada del lunes, es decir, de ayer, empezamos a recibir demandas de auxilio.

»Las plantas lo habían invadido todo y rodeaban las campánulas, aplastándolas con su peso. Un grupo intentó salir, alejándose bastante del peligro; pero fue solo para llegar a un lugar donde las plantas devoraban a la otra pareja… antes de hacerlo con ellos…

—¡Qué horror!

—Kimber, aquel joven amigo tuyo, el de los cabellos rojos, permaneció comunicándonos noticias hasta que las plantas empezaron a devorarle…

—¡Es tremendo! ¿Y los otros?

George le miró fijamente.

—No hay otros, hijo mío…

—¿Eh?

—Todos han muerto.

—¿Cómo?

—Recibimos noticias semejantes de todos los grupos… Sólo nos faltaba comunicarnos con vosotros y la otra pareja… Ya sabes lo que les ocurrió a Charles y Emma…

—Pero…

—Esto es todo, Fred.

Hubo una pausa.

—Esperaremos que ellos vengan. No hay otro remedio… Y volveremos a la Tierra.

Una triste sonrisa apareció en los labios de Karl.

—Ésa es nuestra única esperanza, Fred.

* * *

Homero se limpió cuidadosamente los dedos, llenos de grasa, en una servilleta de seda.

—Delicioso este asado…

Y sus ojos se fijaron en Elmer.

—No se come así en la vieja Europa, ¿verdad, Elmer?

El otro sonrió antes de decir:

—¡Qué cosas preguntas, Homero! Ya sabes que aterricé, sin que nadie me viese, en plena noche, en una comarca desolada, y marché después hacia la costa, para entrevistarme con ellos. Pues bien, te

aseguro que mucho antes de llegar olí a pescado y que ese olor no me abandonó ya más… Todo olía a pescado: las casas, las gentes, las piedras, el aire… ¡Con decirte que he estado ocho horas en el baño comprenderás que el dichoso olor no me abandonaba!

Rieron todos.

—¿Te recibieron bien? —inquirió Charles.

—Eso sí… Practican un sistema humano y cuando me vieron llegar, cansado, lleno de polvo, me llevaron a una especie de posada, donde me ofrecieron un baño… ¡lástima que hasta el agua oliese a pescado!

—¿Cómo viven?

—De una manera sencilla, simple, sin complicaciones. Hay un consejo de ancianos que rige a cada ciudad. Los hombres, generalmente, se dedican a la pesca; pero luego están obligados a pasar unas horas en las Academias…

—¡Como los antiguos griegos! —rezongó Kasus—. ¡Qué ridículas pretensiones! Porque, indudablemente, poseerán todavía medios técnicos que se hayan salvado, de la catástrofe, ¿no es así?

—En efecto —repuso Elmer—. Como no pueden obtener petróleo, sustancia que ha desaparecido, han adaptado los motores de sus viejos vehículos a la manera antigua del gasógeno, empleando combustible de pobre valor calórico.

—Debe de ser curioso…

—Y pintoresco; porque han adaptado el vestido clásico y van con túnica.

Homero dijo desdeñosamente:

—¡Qué estúpidos!

Elmer entornó los ojos, como si desease recordar concretamente algo.

—Sin embargo —dijo—, no podéis imaginaros la paz que se respira en aquellas pequeñas ciudades, que nunca poseen más de dos mil habitantes… Hay una serenidad que impresiona.

—¿Es que no se pelean nunca?

—Sí. Esa clase de cosas no puede evitarse; pero poseen una manera muy curiosa de solucionar los pleitos…

—¿Cuál?

—Hacen que los contendientes defiendan sus tesis en medio de la plaza pública. Si el motivo de la pelea ha sido mezquino, las risas

del auditorio hacen enrojecer a los culpables, que piden perdón públicamente…

—¿Y si se trata de algo grave?

—Es el mismo culpable el que ha de imponerse el castigo. Generalmente se condena a una temporada de pesca sin descanso y, sobre todo, sin Academia. Parece ser que eso es lo que más daño les hace.

—Hasta ahora no nos has dicho cómo acogieron nuestros deseos de protección —dijo Sbinov.

Era un hombre alto, huesudo, con ángulos cortantes en su rostro. Sólo los ojos, intensamente brillantes, eran la demostración de una vida que parecía estar ausente de aquel cuerpo momificado.

—Se negaron, educadamente. Ruegan que les dejemos en paz y están dispuestos a procuramos pesca si necesitamos para nuestras ciudades.

—¿No les dijiste que poseemos medios capaces de someterlos o de destruirlos?

—Si.

—¿Y qué respondieron?

—Que preferían la muerte a la esclavitud que supone la vuelta a la vida de antes del Gran Conflicto… «Nos defenderemos —agregaron— porque estamos seguros de que nuestro final será más provechoso en la lucha que si nos dejásemos someter sin combate».

Los ojos de Homero brillaron como ascuas.

—Ya veremos cuando hayamos bombardeado las aguas del mar… ¡Han de pedirnos clemencia de rodillas!

CAPÍTULO VI



redse había levantado muy de mañana.

A través de la transparente y pulida superficie de la campánula miraba cuanto la rodeaba: los grandes hangares convexos y la línea rojiza de las plantas, que rodeaban todo, habiendo dejado milagrosamente libre el espacio aquel.

Pensó después que faltaban ocho días para que la astronave de Kasus, precediendo a las otras, llegase a Júpiter para cargar el producto del trabajo de los hombres de las montañas.

¡Ocho días!

¿Cómo habían pasado las semanas anteriores de aquellos dos largos meses que estaban a punto de terminar?

Era mejor no recordarlo y clavar la atención en aquellos días cuyo paso significaría la llegada de la libertad. Habían muerto demasiados en aquella trágica aventura para que se pudiese pensar en otra cosa.

—¿Cuánto falta, hijo?

Se volvió para ver a su padre, que se le acercaba.

¡Cómo había cambiado el anciano, cielo santo!

Todos ellos, sobre todo los viejos, parecían haberse convertido en momias vivas. La carne había huido de sus cuerpos y un pellejo apergaminado la sustituyó, ciñéndose a la osamenta de los organismos y tomando un feo color cetrino.

—Ocho días, padre.

—¿Todavía?

Fred intentó sonreír.

—Es ya muy poco, padre… Pasarán velozmente…

El viejo colocó una de sus sarmentosas manos sobre el hombro de Fred.

—Quiero morir en la Tierra, pequeño… Me dejas llamarte así, ¿verdad?

—Si.

—Quiero morir en las montañas y que me entierren junto a tu madre… Ya sé que mi cuerpo se convertirá en polvo; pero aquí sería mucho peor… porque no puedo creer que los muertos descansen en este horrible mundo.

—No digas eso, padre.

—Todos queremos irnos, Fred. George, André, yo. Porque nos damos cuenta de que la vida se nos escapa a chorros… Lo deseamos además por vosotros, hijos míos… Queremos que vuestros hijos nazcan lejos de aquí… Porque, a pesar de que la Tierra es generalmente dolorosa, mejor dicho, sus criaturas, allá hay una paz que aquí no existe… ¡Plantas que comen animales y hombres! ¿Puede haber algo más horrible?

Fue en aquel momento cuando un ruido ligero hizo que Fred volviese la cabeza, mirando hacia el exterior.

—¡Mira, padre! No los habíamos visto hasta ahora.

Era una manada de «proboscidios», en nada semejantes a los elefantes de la Tierra, ya que los animales jovianos eran como bolas de carne, con seis pares de patas y aquella larguísima trompa que pendía de su parte anterior.

Fred no vio nada que significase que aquel animal poseía ojos, ni boca, ni orejas, ni siquiera cabeza. La esfera era completa y la única diferenciación la constituía la trompa, de más de seis metros de

longitud.

Parecían de grasa y la piel que les cubría, de un color gris perla, estaba tensa, demostrando la cantidad de sustancia que llevaban debajo.

—¡Parecen hinchados!

—Es repugnante…

Fred hizo un gesto.

—Espera, padre… Mira, se acercan a las plantas carnívoras.

Así era, en efecto.

Sin dejar de mover sus largas trompas, aquellos extraños animales se iban acercando al muro rojo de las plantas.

—¡Van voluntariamente al matadero! —exclamó George.

—Espera…

Fred estaba como hipnotizado mirando a los animales —que, en realidad, jugaban el papel de vegetales— acercarse a aquellas flores rojas como si se viesen empujados por un fatal destino…

De repente, movidos seguramente por un quimotropismo positivo, las plantas se estiraron glotonamente hasta que sus rojas corolas se posaron sobre aquellas esferas aparentemente grasas.

Incapaz de seguir contemplando aquel espectáculo, George se volvió de espaldas.

—¡Qué mundo tan horrible! —exclamó.

Pero Fred no le oía.

Estaba con la mirada fija en las flores, que se habían adherido, como ventosas, al cuerpo de los animales.

Y vio cómo los elefantes se iban desinflando lentamente a medida que la sustancia que contenían pasaba a las flores. Un estremecimiento le recorrió la espalda al ver que se iban reduciendo hasta que, por último, uno de ellos se separó de las plantas…

¡No era más que una larga trompa, con un pellejo arrugado que se arrastraba sobre el suelo!

Fred se dio cuenta de que, dentro de aquel horror, el orden estaba sabiamente establecido y que las plantas no devoraban a los animales, sino que se limitaban a vaciarlos, dejándolos en libertad para que volviesen a hincharse de nuevo, tomando las sustancias minerales del suelo que las falsas plantas no podían captar.

Iba a volverse para expresar su admiración a su padre cuando la explosión le dejó sin aliento, haciendo que los demás gritasen:

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ha pasado?

—¡Fred! —Ésta era la voz de Sarah.

Se encontró rodeado por todos, sin saber cómo contestar a las preguntas que llovían sobre él.

Pero no tardó en comprender, así como los otros, lo que había ocurrido.

—¡Ha estallado una de las campánulas-hangares! —informó.

Miraron hacia allá, justo en el momento en que dos más, la segunda y tercera por orden de aproximación al lugar donde se encontraban, saltaron igualmente, reduciéndose a pedazos.

Fred frunció el entrecejo, mordiéndose los labios.

—No me lo explico —dijo Karl.

Pero el joven se dio cuenta de que Vasen acababa de decir una mentira piadosa, dirigida a los otros, y que fue seguida por una mirada de inteligencia que le dirigió directamente.

¿Cómo era posible que no se diesen cuenta?

* * *

Aquella noche, después de cenar, Fred se creyó obligado a tomar ciertas precauciones.

—Tendremos que ponernos los trajes-campánulas —dijo.

—¿Para qué? —inquirió la muchacha.

Fred miró fijamente a su esposa.

—No me queda otro remedio que hablaros claro… Esas esferas han estallado porque no han resistido la presión del planeta… Hasta ahora, se portaron bien; pero su resistencia terminó…

—¿Quiere decir eso que nuestra campánula-casa va a estallar también?

—Es lo más seguro.

—¿Y por qué no lo ha hecho al mismo tiempo que las otras?

—Porque es mucho más pequeña y ofrece una menor superficie a la fuerza de gravedad joviana…

—¿Y no ocurrirá igual con nuestros trajes-campánulas?

—Son muchísimo más pequeños y su resistencia será mayor. Después de todo, dentro de un poco más de una semana estaremos lejos de aquí.

—¡Esperémoslo así!

Le obedecieron, dándose cuenta de que si la campánula-habitación explotaba, los trajes espaciales les protegerían, al menos momentáneamente, salvándolos de estar en contacto con el ambiente tóxico de Júpiter.

La explosión de la campánula-habitación ocurrió en plena noche. Y al amanecer se dieron cuenta de que no había estallado como las grandes, sino que se había rajado, en todas direcciones, abriéndosele grietas y orificios por los que penetró la atmósfera cargada de óxido de carbono.

Era como si estuviesen al aire libre.

Fue hacia mediodía cuando, en un momento, Fred descubrió, al mirar fijamente a su esposa, una ligera fisura en el lado izquierdo de su campánula.

Se estremeció.

Era completamente imposible cambiar de campánula, ya que ningún cuerpo humano resistiría, ni un solo segundo, la presión formidable que gravitaba sobre ellos.

Con la frente empapada en sudor, Fred tuvo la clara idea de que todo iba a terminar y que las astronaves de Kasus no llegarían jamás a tiempo de salvarles.

Aquella tarde murió Karl.

Su campánula se abrió, como la cáscara de una nuez. Y el cuerpo, sometido a la enorme presión exterior, se convirtió en una especie de papilla rojiza, que quedó aplastada en el suelo de la habitación.

Al amanecer, cuando Fred se despertó, después de una serie de pesadillas horribles, se encontró con que André, el padre de Sarah, y George, su propio padre, habían sufrido el mismo destino que el anciano jefe del clan.

Fred no quiso que Sarah permaneciese allí, llorando desconsoladamente junto a los aplastados cadáveres. Y la llevó fuera, colocándose bajo un trozo de una campánula-hangar, que había quedado en el suelo.

Pensaba que la presión no llegaría directamente a ellos.

La fisura de la campánula de Sarah iba aumentando de tamaño.

Hasta que estalló.

Desde el momento en que perdió a su esposa, Fred no hizo nada

por defender su propia existencia. Ni comía ni bebía, dejando que aquel fatal letargo le envolviese…

Ni siquiera se percató de la llegada de las astronaves, ni se sintió transportado a una de ellas, bajo una nueva campánula-hangar, mientras los hombres de Kasus cortaban las plantas con sus rifles percusores y cargaban las cámaras frigoríficas de aquella carne vegetal.

* * *

Homero estaba en pie, detrás de la mesa de su despacho. Jamás le habían visto en un estado de cólera tan agresiva.

—¿Y te atreves a decirme que no podremos cultivar las plantas de Júpiter, Kasus?

—La fuerza de la gravedad ha demostrado…

—¡No ha demostrado más que una cosa!

Y su mirada se volvió hacia el profesor.

—¿Sabe lo que ha demostrado, Sbinov?

—Yo…

—¡Su ineptitud! Durante todos estos años, salvo muy pocas excepciones, no ha cosechado más que fracaso sobre fracaso… ¿Qué beneficio nos reportó su alimento sintético? Si no llegamos a descubrir las plantas comestibles de Júpiter, las ciudades se hubiesen levantado contra mí…, aunque eso te importa poco, ¿verdad, Sbinov?

—Te equivocas, Homero. Ya sabes que estoy dispuesto a…

—¡Palabras!

Y después de una pausa, siguió:

—Estoy empezando a cansarme de los colaboradores que tuve la desgracia de escoger. En Europa, a pesar de los bombardeos del mar, los hombres siguen sin rendirse…

—Es demasiado temprano, Homero —dijo Elmer, encargado de aquella monstruosidad.

—Ya veremos. Pero lo que necesito es garantizar las subsistencias que recogemos en Júpiter. ¡Quiero tener completa tranquilidad por ese lado!

Los ojos le salían de las órbitas y más que nunca, en aquella ocasión, se dieron cuenta de que se hallaban ante un enfermo. Pero

la especie de guardia pretoriana de que se rodeaba era verdaderamente lo más terrible.

—Estoy estudiando… —Inició el profesor.

—¡Pues puedes hacerlo durante una semana…, no te doy ni un solo minuto más! Si no me entregas una solución satisfactoria para resolver el problema de Júpiter, te enviaré allí en la próxima expedición.

Sbinov se estremeció.

—Tengo ya la solución…

—¿Cuál es?

—¿Has oído hablar de Pantropia?

—¿Eh?

—Es una nueva ciencia; es decir, no es tan nueva porque empezó a utilizarse, aunque someramente, a finales del siglo veinte…

—¿De qué se ocupa esa ciencia?

—De hacer posible que el hombre habite no importa qué planeta.

—¿Y puedes solucionar lo de Júpiter?

—Sí, sólo que necesitaré de unos cuantos hombres lo suficientemente fuertes para convertirlos en seres aptos a las condiciones jovianas. Podría empezar con ese Fred que trajiste, ¿verdad, Kasus?

—¡Por mi…!

—Empléalo, Sbinov —dijo Homero—, pero no olvides que tienes una semana…, ni un segundo más.

—¿Y los otros ejemplares que necesitaré?

—Elmer enviará una expedición a las montañas y te traerá los que necesitas.

—Muy bien.

—¿No puedes anticiparnos nada de lo que piensas hacer?

—No.

De todos aquellos hombres, sólo Charles sintió el agudo dolor que le producía la angustia de encontrarse entre ellos… Desde el principio, cuando se unió a Homero, creyó sinceramente que los proyectos de aquel megalómano no iban a salir del campo de la normalidad. Y que pensaba seriamente en ordenar la humanidad dispersa.

Pero ahora, que ya se había percatado de que el mundo había

caído en manos de un maníaco, se estremecía, adivinando la serie de crímenes que iba a caer sobre el mundo, al que se cerrarían para siempre las puertas de la ansiada paz que había creído merecer.

—¿Y lograrás vencer esa tremenda fuerza de la gravedad joviana? —inquirió Kasus.

—Sí.

—He visto los cadáveres de los hombres que estuvieron sometidos, unas décimas de segundo, a ella. Y puedo asegurarte que tendrás que trabajar mucho para conseguir vencerla.

—La Pantropia me dará las armas suficientes. Voy a empezar a trabajar en seguida…; ¿dónde está ese Fred Chantal?

—En una habitación del Hospital Central —declaró Charles.

—Iré por él. Una fuerte dosis de anestesia lo pondrá a mi entera disposición.

—¿Por qué ensañarse con ese hombre, que escapó milagrosamente de la muerte?

—¿Te sientes mal, amigo?

—¿Por qué?

—Porque ya sabes que el estúpido sentimentalismo es una grave dolencia entre nosotros… ¡Estamos forjando el futuro y la tranquilidad de una humanidad futura y tú nos vienes con unas ideas de histérica!

—Yo…

—Tú vas a ayudar al profesor en sus trabajos. Así, a su lado, perderás rápidamente la sensiblera afección de tu espíritu… Ya sabes que te aprecio mucho, pero no podría resistirte a mi lado de seguir pensando de esa manera… Y no olvides que Sbinov va a necesitar muchos sujetos para sus ensayos de… ¿Cómo se dice?

—Pantropia.

—¿Qué significa?

—Proviene de dos palabras griegas: «panto», que significa todo; «tropos», lugar… «En todo lugar»…, es decir, que hace posible la existencia humana en cualquier ambiente, por opuesto que sea a la naturaleza del hombre.

—Comprendido… ¡Ve con Sbinov, Charles! Verás cosas muy curiosas, que luego puedes contarme…

Pálido como el papel, el joven se levantó, siguiendo al siniestro profesor, cuya sonrisa poseía una clara significación tenebrosa…

Una hora después, Fred estaba sobre la cama de operaciones…

Y Sbinov empezó su trabajo, junto a Charles, cuya frente estaba perlada de un helado sudor.

CAPÍTULO VII

elante iba Kasus; detrás uno junto a otro, Homero y Elmer hablaban, volviéndose el astronauta, de vez en cuando, para intervenir en la conversación.

—¿Sabes que nuestro representante en Europa nos ha comunicado que los «griegos» empiezan a ver la necesidad de rendirse?

Kasus, al que iban dirigidas aquellas palabras, se volvió, sonriendo:

—Lo esperaba… ¿Se dieron cuenta de que habíamos contaminado las aguas del mar?

—Sí. Parece ser que no se percataron en seguida; pero al aparecer algunos casos de enfermedad radiactiva, vieron que poseíamos armas potentes y que era inútil seguir luchando.

—¿Crees entonces que doblarán pronto la cerviz?

—Estoy seguro. Elmer va a ir a hacerles la última visita… Y quiero que me traiga una respuesta definitiva y concreta.

—¡Vas a convertirte en el ser más poderoso de la Tierra!

Homero no se percató del tono servil de aquellas palabras. Y sonriendo, con los ojos entornados, como si desease abarcar con la mente la infinidad de su imperio.

—El sueño de mi padre va a convertirse en realidad… Ya me lo dijo, antes de morir… «Te doy, hijo mío, en herencia, el poder que tuve durante mi vida. Con él podrás hacer lo que quieras. Porque, pase lo que pase, el hombre seguirá temiendo la fuerza y la dureza…».

Habían llegado a la entrada del colosal edificio donde se albergaban los laboratorios de Sbinov. Y, momentos más tarde, estaban ya junto al profesor, en una enorme estancia, cuya parte central estaba completamente ocupada por un cubo de cemento de más de seis metros de altura.

—¿Has logrado algo positivo? —inquirió Homero.

—Estoy ultimando los ensayos —repuso el sabio. Y señalando la masa cúbica de cemento añadió—: Está ahí dentro.

—¿Quién?

—Nuestro querido amigo Fred Chantal.

—¿Qué hace ahí adentro?

Sbinov sonrió.

—En estos precisos instantes está soportando una presión colosal… Algo que no conoció, jamás, ningún ser humano.

—¿A qué te refieres?

—A que Fred Chantal está ahora bajo un peso equivalente a diez veces la presión que existe sobre Júpiter.

—¡Morirá aplastado!

El profesor señaló una luz verde que parpadeaba sobre uno de los muros.

—Fíjate en eso, Homero.

—¿Qué significa?

—La vida. Mientras esa luz verde siga parpadeando, Fred Chantal estará completamente vivo. Si esa luz se apagase, encendiéndose la roja que hay al lado…, todo se habría terminado.

Homero miró, inquieto, a la luz verde.

—¿Y dices que soporta una presión diez veces mayor a la de Júpiter?

—Eso es; una presión colosal…

—¿Cómo lo has logrado?

—Luego lo verás. Bástate, por el momento, saber que he reducido su tamaño al mínimo imprescindible.

—¿Por qué?

—Porque debía fabricar una campánula que resistiese… Un objeto, cuanta menor superficie exponga a la gravedad y a la presión atmosférica, más resistente será a ella… Por eso, para hacer posible la vida sobre un mundo como Júpiter, nos hemos visto obligados a reducir considerablemente el tamaño de los seres…

—¿Quieres decir que lo han hecho enano?

El profesor acentuó la sonrisa que afloraba a sus labios.

—Ésa no es la palabra justa… Pero pronto lo verás… —consultó su reloj—. Dentro de diez minutos podremos estar satisfechos de la prueba; plenamente satisfechos… ¿Verdad, Charles?

Se había vuelto, sin dejar de sonreír, al joven ayudante de Homero, que, hasta entonces, había permanecido aparte, un tanto pálido.

Homero le miró.

—¿Te gusta todo esto, amigo mío?

Charles se encogió de hombros.

Hubiese querido decirles, gritando, cómo le dañaba toda aquella monstruosidad y cómo los odiaba, arrepintiéndose, de todo corazón, de formar parte de aquel grupo de asesinos.

Pero sus íntimos proyectos le impedían hablar claramente; por eso, después de encogerse de hombros, dijo con voz natural:

—No está mal… y es muy curioso.

Homero sonrió.

—¡Así me gusta, Charles, amigo mío! ¿No os decía que mi ayudante era fuerte y que sus palabras del otro día no fueron más que el producto de un momento de mal humor? ¡Bravo, Charles!

Y volviéndose hacia Sbinov, dijo:

—Date prisa. Tengo muchas ganas de ver lo que has hecho. Porque supongo que este invento tuyo nos sacará de preocupaciones, proporcionándonos el alimento suficiente y la continuidad del suministro, que tanto necesitamos.

—Con este logro —dijo el sabio— podrás dormir completamente tranquilo, ya que los nuevos «agricultores» podrán permanecer en Júpiter toda su vida, sin que jamás pronuncien la menor queja…

—Eso me tranquiliza, en efecto.

Sbinov miró el reloj y suspiró, lanzando después una mirada de confianza a la luz verde.

—¡Todo ha salido perfectamente! —exclamó—. Hemos preparado trescientos «agricultores jovianos»; pero las principales pruebas se han hecho con el que está dentro de la cámara de presiones.

—¡Le debíamos eso! —exclamó, cínicamente, Kasus—. Fue un pionero ejemplar y el único hombre que resistió los avatares de la primera expedición.

Homero lanzó una carcajada.

—¡Le pondremos una medalla!

—No creo que puedas hacerlo… —dijo el profesor Sbinov.

—¿Por qué no?

—Ahora lo verás.

Acababa de oprimir un botón y la pared de cemento giró lentamente, abriéndose y dejando ver el interior de la cámara de presiones.

Tanto Homero como Kasus y Elmer lanzaron una exclamación de asombro, en la que se trasparentaba el horror.

—¿Qué es eso?

—¡Qué tremendo!

—¡Parece imposible!

La puerta se había abierto completamente y ahora era ya visible aquello que estaba dentro de la cámara de presiones.

Parecía el producto de una pesadilla horrible…

Sbinov, completamente tranquilo, se llevó el micrófono de su minúsculo aparato de radio a los labios.

—¡Sal de ahí, Fred! —ordenó.

Y «aquello» empezó a moverse, sobre un par de docenas de tentáculos minúsculos, al tiempo que sus dos brazos metálicos se movían también, al ritmo de la marcha.

«Aquello» era, sencillamente, la cabeza de Fred Chantal.

Iba envuelta en una especie de campana transparente. Y su cuello desaparecía, incrustado, en una lámina de color pardo, de la que emanaban aquellos tentáculos que le servían para moverse.

Los dos brazos que salían de la parte delantera eran completamente metálicos y articulados, con sus dedos que se

movían con toda facilidad.

—¡Una cabeza que anda!

—Eso es. Ya os dije que tenía que reducir el cuerpo a su mínima expresión; pero estaba obligado a guardar la inteligencia, y no hubiese podido hacerlo prescindiendo de la cabeza.

»La corté, limpiamente, como si le hubiese decapitado, uniendo el cuello a una sustancia, de mi invención, la "bioplastina", que suministra al cerebro y demás tejidos el alimento y el oxígeno para su manutención…

»La bioplastina acumulada debajo del cuello es suficiente para diez años de vida. Después basta cambiar la placa para volver a prolongar la existencia una nueva década.

»La bioplastina, al mismo tiempo, se encarga, gracias a un sistema de catalizadores, de realizar los fenómenos del catabolismo…

—¿Qué es eso?

—La eliminación de sustancias, nocivas al organismo… Todo ha sido perfectamente calculado y, sobre todo, la resistencia de la campánula que cubre la cabeza y que, como acabáis de comprobar, resiste presiones verdaderamente formidables.

—¡Eres único, Sbinov!

El sabio se volvió sonriente, hacia Homero.

—Dale las gracias, a esa nueva ciencia, amigo mío.

—¿La Pantropia?

—Sí.

—¡Ya ves que recuerdo su nombre!

Todos habían ido hablando, sin perder de vista a la cabeza humana que salía lentamente de la cámara de presiones; por eso, cuando el micrófono que Sbinov tenía en las manos vibró, dejando oír la voz de Fred, hubo en todos ellos un gesto de asombro.

—¿Por qué habéis hecho esto conmigo?

Lo miraron en silencio, sin que nadie dijese nada; sólo Sbinov tosió quedamente.

—Por vuestra culpa murieron mis amigos, mis hermanos de raza, mis mayores y… hasta mi joven esposa… ¿Qué hicimos nosotros de malo? Vinimos de las montañas para trabajar y vosotros nos enviasteis al infierno de Júpiter, como si hubiéramos cometido la más horrible falta, pues sólo así podría concebirse un destierro

semejante…

Los ojos de la cabeza se habían clavado en Homero.

—¡Y toda la culpa es tuya, repugnante personaje…! ¡Tú, que te has creído superior al resto de los humanos y que no eres, en realidad, más que un repugnante y cobarde sapo! ¡Ahora vas a ver tu valentía!

La cabeza movió sus múltiples pies, logrando cierta velocidad; al mismo tiempo, sus brazos se adelantaron y las manos metálicas se abrieron, como si ansiasen cerrarse alrededor del cuello de Homero.

Éste había retrocedido, aterrorizado.

—¡Quitadme ese monstruo de delante!

Sbinov reaccionó en seguida, pasando la uña por el micrófono, como si rascase un instrumento musical.

La cabeza se detuvo inmediatamente, retrocediendo velozmente y huyendo después hasta desaparecer en el interior de la cámara de presión.

Homero respiró, más tranquilo.

—¡Asqueroso bicho! ¿Cómo lograste detenerlo, Sbinov?

—Haciendo sonar el micro… No olvides que los sonidos que llegan a su receptor no salen al exterior, puesto que su campánula está herméticamente cerrada. Si hablas, normalmente, te oye como si gritases… Si produces un ruido metálico, como éste que yo acabo de hacer, lo enloquece, ya que no puede evitar que, dentro de su encierro transparente, se convierta en algo que parece desgarrarle el cerebro… Ya ves que es una especie de látigo a distancia.

—Menos mal. De todas formas, te felicito sinceramente. Estoy completamente convencido de que esas criaturas resistirán el ambiente de Júpiter y que asegurarán nuestras cosechas. Aunque preveo que alguien deberá quedarse con ellos, para obligarlos a trabajar.

—No lo creas, Homero. Antes de la marcha colocaremos un emisor de radio que, al mismo tiempo, con un dispositivo de rayos infrarrojos, «medirá» el trabajo, siendo sensible a la cantidad de plantas existentes. Si éstas disminuyen rápidamente, el emisor se pondría en marcha y los volvería locos.

»Ya he pensado en ello, como ves, y bastará hacerles unas cuantas demostraciones antes del viaje para que se den cuenta de que no pueden engañarnos en modo alguno.

—¿No corren el peligro de ser devorados por las plantas?

—No. La presión a que ha estado sometido Fred es superior, muchísimas veces, a las fuerzas de la flora joviana. Si alguno de ellos fuese captado por una planta carnívora, saldría de ella, perforando sus tejidos, sin haber sufrido el menor daño.

—Veo que has pensado en todo.

—Deseaba tu tranquilidad, Homero.

—Gracias.

Recorrieron las instalaciones, asomándose a un patio, bastante amplio, en el que estaban las trescientas cabezas de los hombres de la montaña que Kasus había capturado con sus tropas.

—Ahí tienes, Homero, el grupo de «agricultores» que dará alimento a las gentes de la Tierra —dijo el profesor.

—Causa un poco de repugnancia ver todas esas cabezas que se arrastran por el suelo, ¿verdad?

—Es un espectáculo al que tendremos que ir acostumbrándonos.

—¿Tú crees?

—Si. La Pantropia irá demostrándonos que el cuerpo humano es imperfecto para ir más allá de nuestro Sistema Solar… ¿Qué ocurrirá cuando las naves del espacio se muevan por energía lumínica?

—¿Quieres decir que llegaremos a conseguirlo?

—Claro que sí. Pero en aquel momento, si la Pantropia no ha avanzado mucho, nos encontraremos con que nuestros astrocohetes deberán ir solos, sin pilotos, ya que ninguna criatura, con la constitución que tenemos nosotros, sería capaz de resistir tamañas velocidades.

—Entonces… ¿habrá que mutilarse tan horriblemente para viajar por el espacio?

—Sí.

—¡Pues que no cuenten conmigo! Jamás soportaría una mutilación semejante…

—Lo que tú llamas mutilación, Homero, no será considerada como tal en los tiempos futuros… Existen, y han existido siempre, deformaciones profesionales, más o menos intensas, entre las que hemos convivido sin darles mayor importancia.

»Los oficios deformaban los cuerpos, desarrollando unilateralmente ciertos grupos musculares, mientras los otros se

atrofiaban. Sin embargo, nadie se fijaba en ello, porque estaban acostumbrados a aquellas pequeñas monstruosidades.

»Así ocurrirá en el futuro, Homero; no lo dudes… Los hombres que surquen el espacio, los que sean capaces de viajar hacia las estrellas, tendrán que sufrir intervenciones quirúrgicas, que los conviertan en seres perfectamente aptos para soportar las durísimas condiciones de esos viajes.

—Es posible. Pero salgamos de aquí… Todo esto empieza a darme escalofríos.

Y cuando estuvieron fuera de la sala y el patio de las cabezas:

—¿Cuándo piensas salir, Kasus?

—Cuando tú lo ordenes.

—Mañana, si pudiese ser… Me dijiste que podrías arrancar bastantes plantas; pero no olvides que tendremos que volver a Júpiter antes de los dos meses que habíamos convenido.

—¿Por qué?

—Pareces tonto, Kasus, amigo mío… Los pueblos del otro lado del Atlántico están a punto de rendirse y necesitarán comida… Pienso mostrarme especialmente generoso con ellos.

—Perdona; no te había entendido.

Fue entonces cuando Charles se adelantó.

—Quisiera decirte algo, Homero.

El obeso se volvió hacia él.

—¡Pídeme lo que quieras, amigo mío! ¡Has demostrado ser un valiente!

—Desearía acompañar a Kasus.

—¿A Kasus? ¿A Júpiter?

—Sí.

—¿Por qué demonios…?

—Sbinov quería que observase ciertas particularidades en el comportamiento de los «cefaloides».

—¿Así llamáis a esas horribles cabezas?

—Sí. Habrá que anotar su manera de comportarse, mientras Kasus llena las astronaves.

Homero, siempre desconfiado, miró al profesor.

—¿Es eso cierto, Sbinov?

—Cierto. Charles me ha demostrado una capacidad extraordinaria para estos trabajos. Y como, por otra parte, yo no

puedo ir a Júpiter, ya que tengo que proseguir mis investigaciones, sugerí que él fuese. Todo eso si no te parece mal.

Homero lanzó una carcajada histérica.

—¿Parecerme mal? ¡De ninguna manera! Ve, amigo Charles y cuéntame al volver todas las maravillas que hayas hecho.

—Gracias, Homero.

* * *

Charles subió en el ascensor que le dejó en el piso donde habitaba su hermana Hilma. Parecía profundamente preocupado y su entrecejo estaba hondamente fruncido.

La joven le abrió la puerta.

—¡Te esperaba ansiosamente, Charles!

Y después de cerrar la puerta, viendo que él no despegaba los labios, preguntó:

—¿Ha ocurrido algo? Se habrán enterado, ¿verdad…? ¡Ya sabía yo que se enterarían!

—No, no saben nada.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Mañana, al alba, salgo para Júpiter.

Ella le miró, con sus grandes y hermosos ojos dilatados por el temor.

—¿Te vas a Júpiter?

—Sí, con Kasus.

—Te llevarás «eso», ¿verdad?

Él la miró, sonriente; después, acercándose a ella, pasó la mano, en suave caricia, sobre su larga cabellera dorada.

—Todo depende de «eso», Hilma…

—¡Es que me da asco, Charles!

—No digas eso… Es verdad que debe impresionarte; pero no tenemos más remedio que conservarlo aquí… Y no se te vaya a ocurrir mirarlo. Déjalo donde está y no te preocupes más que de que el aparato funcione… ¿Lo harás, hermanita?

La expresión decidida del rostro de ella fue cediendo rápidamente, hasta que la sonrisa arrancó la máscara de dureza que le cubría momentos antes.

—Ten mucho cuidado, Charles.

—No te preocupes… ¡No sabes lo contento que estoy! Porque, por primera vez, tengo algo al alcance de mi mano… ¡Y piensa si voy a dejar de aprovechar esta magnífica ocasión que se me presenta!

CAPÍTULO VIII


red, la cabeza de Fred, descendió lentamente por la escalera y penetró en el bullicio de voces que llegaban hasta su aparato receptor, ensordeciéndolo.

Desde lo alto del rellano, miró a todos sus semejantes, a aquellos trescientos desdichados que, como él, habían sido convertidos en monstruos por las satánicas manos del profesor Sbinov.

—¡Silencio! —gritó con todas sus fuerzas.

Y los otros se callaron.

—¿Queréis perder la razón?

Uno de ellos se destacó del grupo, adelantándose hacia él, que ya había descendido la media docena de escalones que les separaba del suelo.

—¿Quién eres tú para hacernos callar?

—No importa nada quien yo sea… Uno de vosotros, otro desdichado, que ha sido decapitado en vida y convertido en esto; pero, al mismo tiempo, alguien que puede deciros que no debéis

desesperaros de ese modo.

—¿Crees que es para alegrarse? Yo no sé cuánto tiempo llevas así; pero nosotros acabamos de despertarnos… y creíamos estar viviendo la más horrible de las pesadillas… ¡Todavía no sabemos si estamos despiertos o soñando!

—Estáis despiertos, por desgracia. Y en el interior de una astronave que se dirige a Júpiter…

—¿A Júpiter? ¿Es verdad eso?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ésta es la segunda vez que realizo este viaje. Yo vivía en las montañas, como vosotros, y pertenecía al clan de Karl Vasen.

—¡Karl! El mejor de todos, el más valiente… ¿Cómo consintió que os cazasen como a nosotros?

—No nos cazaron. Bajamos, a las tierras llanas voluntariamente, ya que la comida se estaba terminando en las montañas… Creíamos que nos dejarían cultivar las tierras… Pero éstas eran estériles. La guerra las había matado.

»Fue entonces cuando nos propusieron ir a Júpiter y cultivar una nueva especie de plantas que los astronautas de las ciudades habían descubierto. Y partimos.

—¿Os dejasteis convertir en… esto, sin resistir?

—No. Nosotros fuimos con nuestros cuerpos enteros… Estuvimos allí un cierto tiempo, hasta que la presión del planeta y las plantas, rompiendo la primera nuestros refugios y creciendo desmesuradamente las segundas, acabaron con todos… excepto conmigo, desgraciadamente.

—¡No digas eso!

—Perdí a mis amigos, a mis mayores, a mi esposa…

—¿Y pudiste volver?

—Me trajeron, aunque yo casi no recuerdo nada de aquel viaje de vuelta. Luego, al darse cuenta de que la vida humana no era posible en Júpiter, me convirtieron en esto… igual que a vosotros.

—¡Canallas!

—¿Crees que merece vivir de esta manera?

—Ya lo sé que no; pero, aunque no pueda deciros ahora nada, porque he empeñado mi palabra, os ruego que os serenéis… Haced vuestro trabajo y esperad. El momento de la revancha llegará para

todos.

* * *

Descendieron las campánulas-hangares en paracaídas, bajando luego las astronaves para posarse rápidamente bajo ellas.

—Es una lata tener que traer campánulas cada vez —dijo Kasus, dirigiéndose a Charles, que estaba a su lado.

—Se rompen todas, ¿verdad?

—Claro. Y no sería posible aterrizar aquí sin una protección eficaz.

—¿Cómo lo hiciste la primera vez?

—Fue una verdadera catástrofe… Por fortuna —sonrió—, yo no bajé el primero. Pero las dos desdichadas naves que lo hicieron quedaron convertidas en polvo. La presión las aplastó, como si una laminadora las hubiera pasado entre sus poderosos rodillos.

Bajaron del aparato, vistiendo los trajes-campánulas, cuya resistencia había sido probada, y era más que suficiente para el tiempo que iban a pasar en Júpiter.

Habían desembarcado los «cefaloides» y Charles fue el encargado de conducirlos hacia el interior, aunque antes, el cruel Kasus, les sometió a la prueba del emisor, diciéndoles que aquél era el castigo que les esperaba si obstruían el trabajo.

Charles tuvo que contenerse para no golpear a aquella bestia humana, que como todos los demás parecía gozar en el dolor ajeno.

Distribuyó Charles los «cefaloides», explicándoles detalladamente todo lo que tenían que hacer, sin preocuparse absolutamente de nada, como había ocurrido a los anteriores «agricultores».

—La «bioplastina» —les dijo— os conservará perfectamente, proporcionándoos la energía suficiente para vivir. Por otra parte, la presión joviana no os afectará. Antes de un mes estaremos de vuelta.

Y se dirigió hacia la astronave.

Cuando llegaba, coincidió con un grupo de coches orugas, que protegidos por campánulas, regresaban a los hangares, repletos de plantas cortadas no lejos de allí.

Kasus le sonrió.

—¿Has terminado tu trabajo, Charles?

—Sí.

—Yo no les he dicho más que unas cuantas palabras. Ha sido Fred quien les ha detallado completamente el trabajo.

—Es una suerte que ese Fred haya estado aquí otra vez.

—Lo malo es que el planeta le recordará todo lo que perdió en él.

Los ojos del astronauta brillaron.

—¿Vuelves a sentirte sentimental, Charles? ¿No recuerdas? ¿o que te dijo Homero?

Charles no contestó y penetró en el interior de la astronave, dirigiéndose directamente a su cabina.

Una hora más tarde los aparatos abandonaban las campánulas, a toda velocidad, ascendiendo como flechas por la densa atmósfera de Júpiter, Luego pusieron proa a la Tierra…

Charles avanzó por el pasillo de la astronave, dirigiéndose hacia la proa, donde estaba Kasus, junto al complicado sistema de aparatos de control.

—¡Hola, Kasus!

El astronauta se volvió.

—¡Hola! ¿Se te ha pasado ya el enfado?

—No estaba enfadado.

—No pases cuidado, no diré nada a Homero.

—¿De qué?

—De esa vena de sentimentalismo que te ataca de vez en cuando…

—¡Claro que no dirás nada a Homero!

—¿Tan seguro estás? ¿No exageras un poco, Charles?

—No.

Y Kasus se dio cuenta de que el joven no exageraba, al ver la pistola que Charles había sacado de su funda.

—¿Qué significa esto?

Pero Charles no le contestó y volviéndose, apenas, dijo:

—¡Entra ya!

La puerta se abrió y Kasus, horrorizado, se quedó mirando la cabeza de Fred, que avanzaba hacia ellos.

Las manos metálicas del «cefaloide» llevaban sendos cuchillos afilados.

—¿Conoces a Fred, Kasus? —inquirió Charles.
—Sí… —balbució el astronauta.
—Él también te conoce. Y si supieras lo que le está pasando por la cabeza, en estos momentos, te pondrías enfermo… ¿Quieres decírselo, Fred?
El «cefaloide» avanzó unos pasos más.
Debajo de la placa de bioplastina, sus numerosos tentáculos dejaban una húmeda huella en el suelo.
—Voy a cortarte las orejas, Kasus… Empezaré por eso; después, si sigues rebelde, te sacaré los ojos… Te aseguro que es peor estar ciego que como yo…
—Pero ¿por qué?
—Díselo tú, Charles.
Notó Kasus que Fred no llevaba la campánula y que, por lo tanto, no necesitaba micrófono para comunicarse con los demás.
—Claro que voy a explicárselo, Fred. —Y volviéndose al aterrorizado astronauta—: ¿Sabes lo que desea mi amigo?
—No.
Y agregó, con voz cortada por la emoción:
—No… no lo sé…
—Pues desea que le obedezcas ciegamente; porque, de lo contrario, lo de «ciegamente» podrá decirse sin temor a equivocarse.
—¡Le obedeceré!
—¿Oyes, Fred?
—Sí. Y me alegro de que sea sensato; porque así me evitará molestias… Debes dirigir todas las astronaves a Europa.
—¿Eh?
—Creo que he hablado claramente.
—¡Pero Homero me matará!
—Homero, muy pronto, no hará ya daño a nadie… La justicia de sus mismos súbditos caerá sobre él. ¿Obedeces o no?
—Está bien.
—Tú —dijo Charles al «cefaloide»— puedes quedarte aquí… No temas, que no va armado…
—¿Yo, temerle?
Y lo dijo con un tono que produjo escalofríos a Kasus.
—Yo voy a pasar al departamento de radio. En cuanto me sea posible, enviaré un mensaje a Europa.

* * *

El Consejo de Ancianos se había reunido.

Habían llegado de todas las ciudades de la costa y se hallaban ahora no lejos de las ruinas de la antigua Burdeos que, como las demás ciudades del mundo, habían sido convertidas en polvo por las bombas termonucleares.

Flotaba sobre el ambiente una atmósfera de pesimismo y la luz de los ojos parecía extraordinariamente apagada. No lejos de la tribuna, sentado en uno de los sillones y con una sonrisa de superioridad en el rostro, Elmer, el enviado de Homero, esperaba la iniciación de aquella asamblea.

Uno de los ancianos se levantó y el silencio cayó, como pesada losa, sobre la reunión.

—Ya podéis imaginaros lo que me duele presidir esta asamblea… Hubiera preferido morir mil veces antes que estar presente aquí. Y estoy seguro de que a todos vosotros os ocurre lo mismo.

»Pero no es momento propicio para dejar paso a nuestras lamentaciones, que de nada nos servirían ante el problema que el destino nos plantea.

»De todas formas, es hermoso recordar que hemos intentado hacer algo que merecía, francamente, la pena. Todos nosotros, absolutamente todos, somos hombres que vivieron antes del Gran Conflicto. La Providencia nos evitó una horrenda muerte, permitiéndonos que huyésemos a regiones tranquilas, lejos de la locura infernal que los hombres habían desatado sobre el planeta.

»En nuestro lugar de exilio, y separados los unos de los otros, concebimos, de una manera harto semejante, un deseo que, en el fondo, debía latir en todos los corazones de los humanos.

»Era aquél un deseo de paz, una puerta abierta al espíritu, a la bondad y al amor que debe unir a todos los hombres de la Tierra… Luego, cuando nos encontramos, sentimos la alegría de haber coincidido en nuestros pensamientos y nos maravilló que todos los seres experimentasen, al unísono, tan hermoso y natural anhelo.

»Seguros de que la técnica había jugado un papel fatídico en el engendro de la guerra, pensamos que era muy peligroso dejar que se desarrollase de nuevo.

»Y limitamos su poder.

»No queríamos ser, de nuevo, esclavos de una sabiduría perniciosa que, al colocar en las manos del hombre poderes prácticamente omnímodos, exaltaba los sentimientos inferiores, dejando paso a una ambición desmedida, a una idea de dominio que ha sido siempre fatal a la humanidad.

»Nos habíamos dado cuenta de que, en el fondo, ocurría como cuando un hombre fuerte desea probar la existencia de esa fuerza. Ese ensayo recae siempre sobre el más débil. De igual manera, cuando el hombre posee un arma poderosa, desea usarla, demostrar a los demás su poder y sacar de él la sumisión de los otros, basada en el terror que semejante proceder instala…

»Todo eso nos llevó a intentar nuevas fórmulas de convivencia, basadas en una vida sencilla, sin oropeles y sin demasiadas comodidades. Y completamente convencidos de que en épocas anteriores la materia había gozado de una importancia que se vedó al espíritu, dimos a éste campo libre, comprobando, en poco tiempo, los resultados que ni nosotros habíamos soñarlo esperar.

»Pero he aquí que el destino, celoso de nuestro avance, derroca todos los hechos, desbarata nuestros planes, y nos impone, de la más cruel de las maneras, un paso hacia atrás, una vuelta a las antiguas y fatales estructuras que nos condujeron al Gran Conflicto.

»¿Qué hacer?

»Hemos intentado defendernos; pero de nada sirve la bondad de unos propósitos ante el rayo que baja de las nubes, o ante el peso de la piedra que desprende el alud. Alejados de la técnica, encerrándola cuidadosamente, hubiésemos sido los más fuertes.

»Pero otros hombres habían liberado esa madrastra infame y nada podemos contra ella. No tenemos ni queremos armas semejantes.

»Hemos, pues de someternos. Y no nos duele esto por nosotros mismos, a los que la vida está dispuesta a abandonar en cualquier momento, sino que nos daña pensar en los que nacieron bajo nuestra égida y hacia los que volvíamos nuestras miradas llenas de esperanza.

Se dejó caer en el asiento y Elmer, comprendiendo que había llegado el momento de iniciar su vibrante discurso, se puso en pie.

Pero en aquel momento alguien se acercó al anciano que

acababa de hablar.

—Hay algo, señor… Venga…

El viejo hizo un gesto a Elmer.

—Puedes empezar a hablar, amigo… He de hacer una gestión urgente… El Consejo te escuchará atentamente.

El anciano siguió al que le había llamado, penetrando en una vieja estación de radio, que servía para comunicarse con las otras ciudades. Se acercó al aparato e inquirió:

—¿Quiénes sois?

—Amigos.

—¿Dónde os encontráis?

—En el espacio. No tardaremos más de dos horas en llegar a la Tierra. Venimos de Júpiter, de cargar alimentos para las ciudades de la Tierra… Homero, el tirano del Nuevo Mundo, cree que vamos a aterrizar en América; pero lo haremos en Europa.

—¿Para qué?

—¿No me entiendes, anciano? Vamos a entregaros cientos de miles de toneladas de alimentos. Así podréis resistir a Homero.

—¡Nos bombardeará con bombas atómicas!

—No lo hará…

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque estoy completamente seguro… En cuanto aterricemos, enviaremos, sirviéndonos de las poderosas emisoras de las astronaves, mensaje tras mensaje dirigido a todas las ciudades de América… Les diremos que los alimentos están en Europa y las astronaves también… Homero no posee ninguna más.

»Y les diremos que si bombardean a Europa no podrán comer nada, ya que nosotros destruiremos las astronaves y la comida… No, no temas, no harán nada; es decir, derrocarán al tirano.

El rostro del anciano se había iluminado.

—¿Cómo es posible que vengáis en nuestra ayuda?

—Porque estamos plenamente convencidos de que vuestro camino es el justo y de que la humanidad merece una paz espiritual y material.

—¡Dios os bendiga!

Y después de un corto silencio agregó:

—Elmer, el enviado de Homero, está aquí. ¿Qué hacemos?

—¡Apresadle! No debe regresar a América de ningún modo.

—Está bien. Así lo haremos.

El anciano volvió a la asamblea.

Su rostro parecía rodeado de una aureola luminosa, que no dejó de extrañar a todos los presentes. Tan intensa era la alegría que irradiaba de su faz.

Elmer, en aquel mismo instante, atacaba una de sus frases preferidas:

—«La verdadera civilización es la que nosotros os traemos… Lejos de la paupérrima forma de existencia que vosotros habéis seguido, la técnica os trae la posibilidad de un mundo maravilloso…».

—¡Detenedle!

Se vio rodeado por gentes, e incapaz de hacer el menor movimiento.

—¡Locos! ¡Os arrasarán!

El jefe anciano sonrió:

—Dios ha tenido piedad de nosotros… ¡Démosle gracias, de todo corazón!

CAPÍTULO IX


binov llegó hasta el umbral de la puerta. Estaba mortalmente pálido y sus manos temblaban intensamente.

Había recorrido el palacio desierto, ya que todos habían ido a reunirse en las casas, para oír los mensajes que la radio de las astronaves no dejaba de emitir un solo instante.

Sbinov también había oído.

El miedo era como una sensación de opresión en el pecho, al tiempo que las piernas le flaqueaban.

Se detuvo ante la puerta.

Después, poco a poco, la empujó, suavemente, haciendo el menor ruido posible.

Automáticamente, una luz difusa se encendió y Sbinov, ya dentro de la estancia, pudo ver con toda claridad el lecho donde reposaba Homero, en medio de la habitación y la mesita, llena de golosinas, que el obeso tirano tenía al alcance de su mano.

Sbinov se acercó del lecho, sin dejar de temblar; luego, ya cerca del cuerpo de Homero, extendió la mano, moviendo uno de los brazos del tirano que, momentos después se despertaba bruscamente.

Por un momento, permaneció con los ojos abiertos; después, súbitamente, al sentir la presencia de alguien a su lado, lanzó un grito histérico:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

—Soy yo, Sbinov.

—¿Eh?

—Yo, Sbinov…

—¿Qué intentas? ¿Cómo has entrado aquí?

—Por la puerta.

—¿Y mi guardia?

—Se han ido.

La mirada de Homero expresó una sincera incredulidad:

—¿Que se… han ido?

—Sí.

—¡Les haré decapitar! ¡Los convertiré en «cefaloides» y los enviaré a Júpiter!

—No podrás.

—¿Por qué? ¿Quién va a impedírmelo? ¿Tú?

—Yo no. Han huido y están reunidos, en todas partes, escuchando los mensajes que les envía Charles.

—¿Cómo? ¿Quién ha ordenado a Charles? Quiere sustituirme, ¿verdad? ¿Traicionarme?

—No. Han aterrizado, con todas las astronaves, en Europa. Han entregado los alimentos a los hombres de allá… y están levantando los ánimos contra ti, diciendo que tu tiranía ha de desaparecer inmediatamente.

—¿Eh? ¿Eso están haciendo?

Se había levantado, de un salto y mostraba sus ridículas y delgadas piernas, que apenas si podían sostener su enorme cuerpo barrigudo.

—¡Llama a los aviadores! Es decir, los llamaré yo…

Y se lanzó hacia el visófono que, al iluminar la pantalla, le hizo ver los locales completamente vacíos.

—¿Dónde están? ¿Dónde están?

—Han desertado…

—Pero…

—No te hagas ilusiones, Homero. Hemos de ocultarnos.

—¿Dónde?

—Donde sea… No tardarán en venir a buscarnos.

—¡No sé dónde ir!

Toda su «pose» había desaparecido como por ensalmo.

Sbinov, al mirarle, sintió un gran desprecio por aquel anormal, al que había temido, como los demás, mientras estaba protegido y secundado por la terrible guardia que ejecutaba sus más locas órdenes ciegamente.

Ahora sería tan fácil estrangularle…

—¡Ya sé lo que haremos! —exclamó Homero, repentinamente—. ¡Nos encerraremos en los depósitos de víveres! ¡Nadie tiene la llave más que yo!

—¿Es verdad eso?

—Si.

La esperanza se pintó en el rostro del sabio.

—Podremos esperar allí hasta que todo se haya tranquilizado, ¿no es así?

—Naturalmente. Y cuando salgamos, si esos imbéciles nos dan una probabilidad, una sola, les demostraremos que cuesta muy caro reírse de nosotros…

* * *

Se utilizaron las astronaves para llevar a un Consejo Especial de Ancianos y gran cantidad de víveres al Nuevo Mundo. Los víveres iban a calmar el feroz apetito de los hombres de las ciudades y los ancianos iban a derrocar aquel pernicioso sistema de vida, organizando las ciudades como las de Europa.

Había que desmantelar todas las industrias bélicas y parabólicas que Homero había organizado. Y se lanzaron al trabajo hombres y mujeres, con un entusiasmo frenético, imbuidos por los mensajes de paz que los ancianos, desde las grandes emisoras, no dejaban de lanzar.

Charles se percató de que el problema de la alimentación se planteaba mucho antes de lo que él había imaginado.

El consumo de las raciones había sido mucho más rápido de lo que se calculó, ya que fueron abundantemente abastecidas muchas poblaciones europeas, condenadas al hambre por la criminal contaminación de las aguas del mar, de donde extraían su sustento.

Había que volver.

Charles, en el palacio, siempre seguido por el «cefaloide» Fred, se dio cuenta de que la situación podía oscurecerse rápidamente. Y habló de ello con Chantal.

—Vayamos de nuevo a Júpiter —dijo el «cefaloide»—. Además de procurarnos nuevas plantas, comunicaremos a aquéllos las buenas nuevas.

—Habrá que hablar con Kasus.

—¿Por qué?

—Ha sido un granuja, pero es al mismo tiempo el único buen astronauta que poseemos…

—Llámale.

Momentos más tarde, Kasus, un poco más delgado y pálido que de costumbre, estaba ante ellos.

Fred, que se había subido sobre la mesa, le miró fijamente.

—Deseamos saber si estás con nosotros o contra nosotros, Kasus; sin ambages, claramente.

—Estoy con vosotros.

—Eso está bien. Ya puedes imaginarte que, a pesar de haber traído una cantidad tremenda de comida, el aumento de la población nos exige volver a Júpiter… ¿Quieres seguir siendo el jefe de las astronaves?

Fred sonrió, tristemente.

—Me gustaría estrechar tu mano; pero ya ves que éstas no son las mías.

Y volviéndose a Charles:

—Podemos ir cuando ordenes.

Charles sonrió:

—¿Vas a ir también tú… Fred?

—Yo hubiera querido que, te quedases a mi lado durante unos días.

—Prefiero ir allá. Quiero ser el primero en decir a aquéllos todo lo que hemos logrado.

—Como quieras.

Aquella misma tarde, toda la escuadra de astronaves disponibles salió disparada hacia Júpiter, quemando las etapas, de manera a solucionar cuanto antes el nuevo problema que planteaba la falta de alimentos en la Tierra.

—Y pensar que nos bastaba antes lo que producíamos —dijo Fred, muy cerca de Kasus.

—Todo ha cambiado, Chantal… El hombre mató a la Tierra.

—Eso es lo que me extraña. Porque siempre pensé que la tierra era mucho más fuerte que la mala voluntad de los hombres.

—Fíjate bien en que el problema será cada vez mayor, Fred.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la población humana no dejará de aumentar y serán cada vez más grandes las cantidades de alimentos que tendremos que suministrar. Los seres que hemos enviado a Júpiter serán insuficientes…

—¿Quieres decir… que habrá que mandar más?

Había palidecido intensamente.

—No veo otra manera…

Los ojos de Fred brillaron como ascuas.

—¡No! ¡No puede ser! No podemos consentir que la horrible desgracia que ha caído sobre nosotros manche a otros seres humanos.

—Pero, Fred…

—¡No y mil veces no!

Y mirando a su interlocutor:

—¿Puedes saber tú la clase de sufrimiento que se experimenta cuando se es un ser horrible… como lo soy yo. O como lo son los otros…?

—Lo comprendo, Fred.

—¡Qué vas a comprenderlo! Hay que estar así, sobre esta especie de plataforma… y mirarse en un espejo… Un hombre puede tolerar ciertas mutilaciones, pero algo que lo convierta en un monstruo…

—¡Cállate, Fred! Me haces daño…

—Lo sé; pero jamás será tu daño parecido, ni remotamente, al que experimento yo…

—Tienes razón.

—Por eso hay que evitar, sea como sea, que ningún otro ser humano sea convertido en «cefaloide». Mejor es estudiar algún

procedimiento para hacer viable la estancia en Júpiter de seres humanos normales… ¡Todo, antes de crear seres tan repugnantes como nosotros!

—Si hubiésemos encontrado a Sbinov…

—¡No me lo nombres, por favor! No sé si hubiese resistido la tentación de destrozarle con mis manos mecánicas. Creo que lo hubiese hecho.

—Es curioso que Homero y él hayan desaparecido.

—Ya les encontrarán.

A la llegada a Júpiter, y después de colocarse la campánula protectora, mientras se realizaba la carga de las plantas cortadas, Fred salió en busca de los «cefaloides», que le recibieron entusiásticamente.

Con voz sinceramente emocionada, Fred les explicó todo lo que habían conseguido, alegrando a aquellos hombres.

—Ya sé —dijo— que lo logrado no significa gran cosa para nosotros; pero, de todas formas, hemos de alegrarnos porque la humanidad ha encontrado su camino y nadie más se verá abocado al destino cruel al que fuimos destinados.

—Tienes razón —le respondió uno de ellos—. Lo importante es que todo se haya arreglado. Nosotros seguiremos aquí, trabajando para los hombres.

—Yo también me quedo con vosotros.

Así, cuando Kasus le llamó, insistentemente, por la radio, Fred siguió en sus trece:

—¿Para qué quieres que regrese a la Tierra, Kasus?

—¡Pero Charles deseaba tenerte a su lado!

—Charles es muy bueno, pero, en realidad, no me necesita.

—Creo que te equivocas.

—No. Deséale mucha suerte y volved cuando queráis. Vamos a hacer una «polinización» intensa, de manera a que, cuando regreséis, os halléis con una formidable cantidad de plantas.

—¡Ven conmigo, Fred!

—No. Está decidido. Hasta pronto, Kasus… Y gracias por haberte puesto a nuestro lado.

—Estaba ciego.

—Adiós.

* * *

—¿Por qué le dejaste allá, Kasus?

—Hice todo lo que pude para obligarle a venir conmigo; pero se negó rotundamente. Y lo comprendo.

—¿Cómo?

—Yo, en su lugar, hubiese hecho lo mismo.

—¡Estás loco!

—¿Por qué?

—¿Crees que iba a estar yo tan tranquilo si no tuviese la seguridad de poder hacer algo por él? ¿Quién ha sido el espíritu de toda esta loca aventura? ¡Fred! ¡Sólo él!

—Fuiste tú quien inició la revuelta.

—Pero por él. Sbinov me ordenó anestesiarlo y mientras se hundía en la inconsciencia, habló y habló, sin parar… Así supe la vida que llevaban en las montañas, las sanas ideas que poseían… y todos los horribles sufrimientos que el clan de Vasen había pasado en Júpiter.

»Eran hombres de pies a cabeza, Kasus. Y yo, que ya empezaba a estar harto de Homero y de sus monstruosidades, me di cuenta de que lo que decía aquel hombre era la verdad… Una verdad por la que había que luchar sin descanso.

—¿Y dices que puedes hacer algo por él?

—¡Claro que sí!

Y después de una pausa:

—Ven conmigo, Kasus.

—¿Dónde vamos?

—A la casa de mi hermana Hilma.

Un vehículo los dejó momentos más tarde en el domicilio de la joven. Ésta les recibió con una sonrisa en los labios.

Kasus se percató de la belleza de la muchacha.

—¡Hola, hermanita! Éste es Kasus.

—Encantada, Kasus.

—Yo también, Hilma.

—¿Cómo va nuestro «huésped»?

—Bien… Pero qué manera más horrible de llamarlo… Creí que te habías olvidado de él.

—Y ésa es la verdad, Hilma… Todos estos asuntos me han

acaparado de tal manera, que aún viendo a Fred junto a mí, me olvidé completamente de todo.

—¿Y Fred?

Charles torció el gesto:

Y contó a la joven lo ocurrido.

—¡Pobrecillo! ¿Sabes que recibí su foto, que me enviaste cuando le… operaron…?

—¿Sí?

—Ya sabías que sentía horror por lo que trajiste a casa; pero cuando el miedo se apoderaba de mí, miraba la foto. Y así me pasaba todo.

—Te dije que era un joven muy bueno.

—Y muy agradable.

—Ésa es una opinión, muy femenina.

Ella sonrió.

—Has de hacer que regrese inmediatamente, Charles… Ese muchacho tiene derecho a todo.

Incapaz de resistir la curiosidad, Kasus intervino, exclamando:

—¡Que me aspen si entiendo una sola palabra! ¿No podíais ser más explícitos, por favor?

Ambos jóvenes sonrieron:

—Está bien. Es verdad que desconoces todo; pero para eso, precisamente, te he hecho venir. Haz el favor de seguirme.

Le hizo penetrar en la cocina, donde un frigorífico colosal ocupaba gran parte.

—Abre, Hilma.

La joven lo hizo, demostrando que había perdido el miedo. Y cuando la puerta, al correrse, dejó ver el interior, el astronauta lanzó una exclamación de asombro:

—¡Un cuerpo sin cabeza!

—Cierra, Hilma.

Y volviéndose a su amigo dijo:

—Tú mismo lo has dicho, Kasus: un cuerpo sin cabeza… el cuerpo de Fred Chantal.

—Pero…

—Escucha. Cuando asistí a la operación que Sbinov hizo a Fred, me enteré de muchas cosas, además de que siempre estudié con placer la Biología. Así, aprovechando unos instantes, cuando el

profesor se llevaba la cabeza, para incrustarla rápidamente en la «bioplastina», me apoderé del cuerpo de Fred y lo coloqué en uno de los frigoríficos del laboratorio. Aquella misma noche, utilizando una lámina de tejido criofírico, traje el cuerpo de nuestro amigo a la casa de Hilma, aprovechándome del frigorífico que yo mismo le había regalado.

—¿Y crees que…?

—Sí, Kasus. Creo que todo podrá rehacerse de nuevo, ya que ese cuerpo está perfectamente conservado, a muchos grados bajo cero… Todo, tejidos e incluso sangre, están en perfecto estado.

—¡Fred se volverá loco de alegría!

—Todavía no. Ya que sólo hay una persona capaz de hacer una cosa así.

—¿Sbinov?

—Sbinov.

Hubo un largo silencio; después, Kasus comentó:

—No creas que he dejado de pensar en ellos, Charles.

—Yo tampoco.

—Ni en el lugar donde pueden haberse ocultado… Porque estoy completamente seguro de que no salieron de la ciudad.

—Yo también lo creo.

—¿Entonces?

Guardaron un nuevo silencio y, de repente, Kasus se dio una palmada en la frente:

—¡Ya lo tengo!

—¿Sí?

—Sí, amigos míos… ¿Cómo habremos estado tan ciegos como para no pensarlo antes?

—¡Habla, por el amor de Dios!

—Veamos. Si tuvieses que buscar a Homero…

—Eso es precisamente lo que intento…

—¡Déjame hablar! Si tuvieses que buscar a Homero, ¿dónde podrías encontrarlo?

—¡Vaya una pregunta tonta!

—No lo es. Homero puede pasarse sin todo, menos de una cosa…

—¡La comida abundante!

—¿Te das cuenta ahora?

—¡Claro que sí! ¡Los depósitos de alimentos! El gentío saqueó los generales de palacio, pero nadie pensó en los particulares.

—¡Vamos allá!

CAPÍTULO X



erribaron la puerta.

Precedidos por un grupo de hombres armados, descendieron la escalera, desembocando directamente en el depósito, donde hallaron a los dos fugitivos.

Homero había muerto. Echado en medio de un montón de vituallas, con un vientre doble del que le habían conocido, había fallecido a resultas de una fabulosa indigestión, incapaz de resistir a la glotonería que había sido la brújula fatídica de su vida.

Sbinov, horrorizado y tremendamente demacrado, estaba en un rincón, mirando con pánico a la descomunal silueta, sobre la que se posaban las moscas.

El asco que le proporcionó la vista del postrer banquete del tirano le había salvado.

Una vez fuera, cuando se hubo repuesto un tanto, Charles le habló con una crudeza tremenda.

—Mi deseo —dijo el joven, mirando fijamente al sabio—

hubiese sido destrozarle entre mis propias manos, aunque tal final sería infinitamente suave para un hombre como usted.

»Pero le necesitamos.

»No, no sonría. La nueva humanidad no desea ninguno de sus inventos maléficos, ya que ella ha escogido el verdadero camino… Si le necesitamos es para que vuelva a dar a Fred Chantal su organismo de antes.

—¡Eso es imposible!

—¿Y si le dijese que guardo el cuerpo de Fred en condiciones perfectas de conservación?

—Eso es otra cosa; pero…

—¿Pero qué?

—Me niego a hacerlo. Pueden matarme si lo desean…

—¿Está usted loco?

—Nunca estuve más cuerdo que en estos instantes… Ya que me necesitan, he de imponer mis condiciones.

Charles tuvo que contenerse.

—Veamos esas condiciones…

—Quiero mi parte en el mando del Imperio.

—¡Ya no hay imperios!

—Pues quiero mandar junto al que lo haga… ¡Bastante tiempo he sido un segundón, poseyendo el cerebro más potente del mundo! ¡Ya es hora de que la necia humanidad se percate de mi inteligencia y de mi valía!

Charles le miró fijamente:

—Ha perdido Usted la razón, Sbinov… Hasta ahora me he limitado a hablarle dentro de la mayor cortesía, esperando que su buen juicio interpretase debidamente mi demanda; pero ahora…

—¿Ahora qué?

—Voy a pasar al campo de la realidad: no le mataremos, profesor…

—¡De eso estoy completamente seguro!

—Nos limitaremos a convertirle en un «cefaloide» y lo enviaremos a Júpiter.

—¡No!

—Lo haremos…

—¡No pueden! Nadie conoce mi técnica…

Charles sonrió:

—Olvida usted que tiene delante al hombre que le ayudó, hasta en lo más mínimo… ¿Cuántas cabezas instalé, yo mismo, sobre la bioplastina, Sbinov?

—¡Perro!

—No me impresionan sus insultos…

Había pulsado un timbre y la puerta se abrió, dando paso a dos hombres que cogieron al profesor por los brazos.

—¡Al laboratorio con él! —rugió Charles.

—¡No!

El cuerpo del sabio temblaba como una hoja mecida por una violenta brisa.

—¡No! ¡Haré lo que me piden!

—Soltadle.

Y Charles, sonriente, dejó que el profesor se sentase, derrumbándose en un sillón, sin fuerzas para moverse de allí.

* * *

«¡Kasus llamando a Fred! ¡Kasus llamando a Fred!».

Desde la torreta de la astronave, Kasus no cesaba de enviar mensaje tras mensaje, mirando inquieto, a través de la cúpula transparente del hangar, la superficie rojiza de plantas de Júpiter.

La respuesta llegó muy débil.

—Aquí Fred… Estamos en el otro extremo del planeta… Seguimos la polinización intensiva… ¿Qué hay?

—He de verte urgentemente, Fred.

—Tardaré muchos días en llegar.

—Emite alguna sintonía… Yo te encontraré en el radiogoniómetro.

—¡No puedes hacerlo! La presión destrozará tu nave.

—Saldré de la atmósfera del planeta, llevándome una campánula-hangar. Así podré aterrizar donde lo desee.

—¿Tan importante es lo que tienes que decirme?

—Mucho. Empieza a emitir la frecuencia.

Y cuando la hubo captado Kasus hizo que la astronave despegase, anclando la campánula, que partió con ella.

Una vez alejado de Júpiter, el astronauta puso en marcha los radiogoniómetros, y cuando llegó a captar la sintonía que emitía

Fred conectó los aparatos con el piloto automático, haciendo que los radiogoniómetros dirigiesen la astronave.

Al posarse junto al lugar donde estaban los «cefaloides», Kasus dispuso la campánula, introduciendo la astronave en su interior, de manera a protegerla de la presión joviana.

Momentos después Fred estaba a su lado.

—¿Estáis cargando mucho?

—Sí. Nunca hubo una cosecha como hasta ahora: ¡Ya podéis estar contentos del trabajo que habéis hecho!

—Lo pasamos distraído… intentando olvidar.

—Eso no debe preocuparte ya…

—¿Eh?

—Así es, Fred… Charles me enseñó el otro día algo que creí que había desaparecido.

—No te entiendo.

—¡Tu cuerpo! ¿Lo entiendes ahora?

El rostro de Fred se puso blanco como el yeso.

—¿Qué broma es ésa, Kasus?

—Ninguna. Es la verdad. Charles conservó tu cuerpo a bajísima temperatura. Y ahora vengo a por ti para que vuelvas a ser como antes…

—¡Pero eso es imposible! ¡Tú me estás engañando!

—No. Prepárate, porque vamos a partir.

—¿Y esos otros?

Su rostro se había ensombrecido.

—Si lo tuyo resulta… —empezó Kasus.

—Decidido… Yo fui el primero, el conejo de Indias, para crear el primer «cefaloide». Justo es que sea yo el primero en probar si podemos ser otra vez humanos. ¡Voy a decírselo!

—No digas nada… ¿Y si el experimento fracasase?

—Tienes razón.

—Diles solamente que vas a la Tierra y que regresarás en la próxima expedición. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Durante todo el viaje de regreso Fred apenas si habló media docena de palabras.

La emoción le había quitado el habla.

No, no pedía ser que él, un repugnante monstruo, volviese a

recuperar aquel cuerpo que ahora le faltaba… Todo aquello eran locuras de Charles, que, deseoso de complacerle, era capaz de removerlo todo para ayudarle.

¡El buen Charles!

Cuando aterrizaron Charles les esperaba y no perdió mucho tiempo en saludos. Habló unas amables palabras con Fred y se lo llevó después directamente al laboratorio.

—Vamos a anestesiarte, Fred.

—¿Quién va a operarme?

Charles sonrió:

—Yo mismo… ¿No tienes confianza?

—Toda.

La anestesia hundió a Fred en un mundo nebuloso, donde todo poseía una gran blandura.

Momentos más tarde, sobre una camilla especial, la normal llevaba el cuerpo que había sido traído de la casa de Hilma, Fred pasaba al quirófano, en el que Sbinov, intensamente pálido, estaba ya preparado.

Charles se le acercó.

—¿Dispuesto?

—Sí.

—No olvide que…

El otro le corto con un gesto. Parecía tremendamente cansado.

—No termine sus amenazas, Charles; haré lo que pueda.

—Gracias.

Sbinov se puso a trabajar con gran rapidez y seguridad.

Charles, incapaz de resistir más, hizo un gesto a Kasus, para que se quedase allí.

—¿Han terminado ya? —le preguntó su hermana cuando salió al antequirófano.

—¿Tú aquí?

—¿Por qué no?

—Creí que…

Ella sonrió.

—Escucha, Charles: he vivido mucho tiempo junto a ese cuerpo que tú me enviaste y que debí vigilar infinitas veces durante el día siguiendo tus instrucciones.

»Muchas veces, venciendo el terror que me producía, miraba

hacia el cuello sanguinolento, intentando colocar allí la cabeza del hombre al que sólo conocía por fotografía…

»También me gustaba imaginar cómo sería… de qué manera pensaría… Tú me habías contado bastantes cosas. Y yo me lo imaginaba en Júpiter, al lado de su joven esposa, feliz hasta lo inconcebible.

Él la miró fijamente.

—¿No te habrás…?

—¿… enamorado de él, Charles?

—Sí.

—No lo sé. La verdad es que no me es indiferente. Pero de eso a la realidad hay un paso gigantesco.

—Yo no quiero anticipar nada —dijo él—. Pero Fred es ya casi como un hermano mío…

Fue en aquel momento en el que se abrió la puerta, dejando paso a Kasus y detrás, encogido en sí mismo, al profesor Sbinov.

—¿Qué tal? —inquirió Charles.

—Bien —dijo el astronauta—. ¡Todo ha salido bien!

Charles se acercó a Sbinov, estrechándole la mano por la fuerza.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Y el sabio, con la cabeza baja, confesó, apesadumbrado:

—He sido un miserable, Charles, Kasus… ¡Perdónenme! Quizá fue la presencia de aquel monstruo, de aquel tirano psicopático…

—No hay nada que perdonar, Sbinov… Usted ya es de los nuestros.

EPÍLOGO

Kasus sonrió, cogiéndose del brazo de Charles, mientras se dirigían a la Asamblea de Ancianos.

—Hoy hace un mes. Charles…

—Un mes, sí.

—Nunca he visto dos recién casados con una expresión más feliz…

—Lo raro es que Fred eligiese las montañas para vivir.

—No me extraña… Había sido allí donde vivió más feliz, donde pudo concebir un mundo mejor…

—Es posible que tengas razón.

—Además —prosiguió Charles—, no debes olvidar que Fred padecía por los otros.

—¿Por los «cefaloides»?

—Sí. Ya sabes que se puso furioso cuando le dijimos que no podíamos prescindir de ellos.

—Pero tuvo que comprender, finalmente, que sin ellos el mundo pasaría hambre. Y que era necesario seguir los cultivos de plantas carnívoras en Júpiter, sin las que pereceríamos irremisiblemente.

—Nos llaman. Un ujier nos hace señas.

Una vez fuera, el ordenanza los guió hasta una sala vecina. Y fue al entrar cuando ambos lanzaron sendas exclamaciones de júbilo:

—¡Fred!

—¡Hilma!

El rostro de Fred expresaba una alegría incontenible.

—¿Cómo habéis vuelto tan pronto? ¿No os gusta la montaña?

Fred guiñó un ojo a su esposa.

—Muchísimo; pero habíamos terminado nuestro trabajo.

—¿Trabajo? ¿Llamas trabajo a la luna de miel?

—Hemos trabajo mucho —dijo ella—. Y hemos conseguido lo que Fred se proponía…

—¿Qué clase de misterio, es éste?

Fred sonrió. Y sacando un frasco del bolsillo, que contenía un líquido pardo, dijo:

—Lo que la humanidad necesitaba: la libertad de los «cefaloides»… la vuelta a la normalidad…

—Pero ¿de qué se trata?

—¡De un cultivo puro de bacterius nitrogenizantes!

—¿Eh?

—Sí, amigos míos. Las bombas habían destruido esta flora maravillosa, que hace que el ciclo del nitrógeno se complete, dando vida al mundo de los vegetales… Nosotros cultivábamos poca cosa en la montaña…

»Eso quería decir que había bacterius; de otra manera las plantas hubiesen muerto, como en el resto del globo. Ahora, con el trabajo de Sbinov, estos microscópicos colaboradores se multiplicarán billones de veces… Y los llevaremos al seno de la tierra, haciendo que la hierba, el trigo, los árboles, vuelvan a cubrir el suelo… como una bendición de Dios.

»Entonces será posible prescindir definitivamente de los “cefaloides” y de las plantas jovianas.

»Todos aquellos seres que mueran en accidentes, sin daño en el cuerpo, aunque tengan la cabeza destrozada, servirán para dar un organismo nuevo a aquellos desdichados que, en Júpiter, no han perdido las esperanzas…

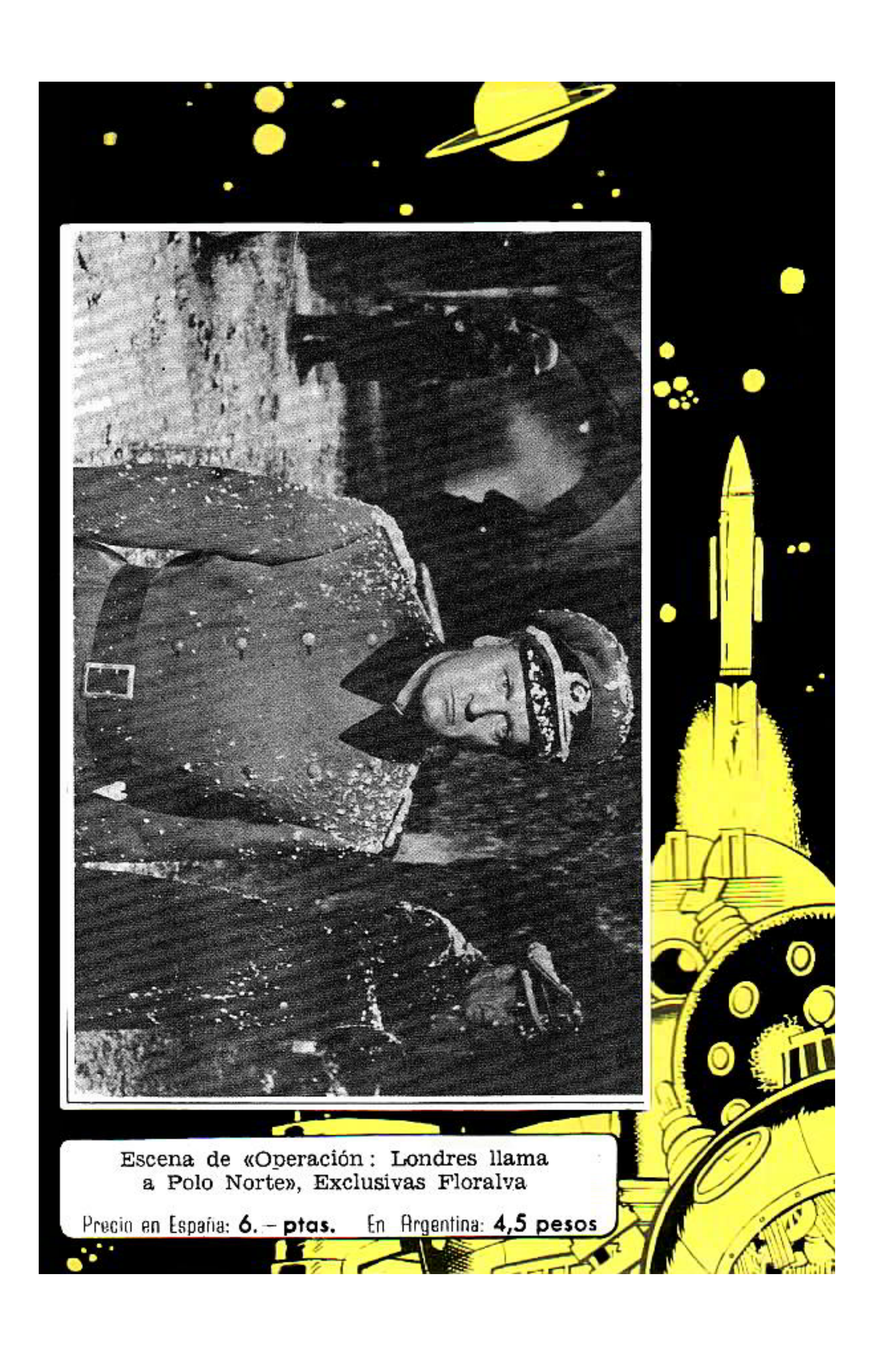
—¡Es maravilloso! —exclamó el astronauta.

—¿Y todo eso… —inquirió Charles— lo has pensado tú?

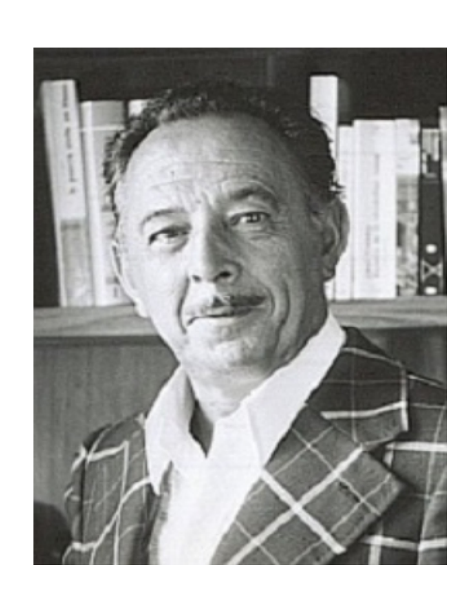
—Sí. ¿Por qué?

—Porque me demuestra que tengo el cuñado más formidable del mundo… —Y guiñando un ojo a Hilma, que sonrió—: Por algo le echaste el guante, ¿verdad, hermanita?


FIN



Escena de «Operación: Londres llama a Polo Norte», Exclusivas Floralva



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.